
ENRIQUE SUÁREZ DE DEZA
MAMÁ LUSTRE
6614
COMEDIA EN TRES ACTOS
LA FARSA
50 CTS.

Cubierta

de

este

número:

Carmen Moragas

y

Manuel Dejuán

en

una

escena

de

Mamá ilustre

(Foto Contreras y Vilaseca)

MAMA ILUSTRE



ENRIQUE SUAREZ DE DEZA

MAMA ILUSTRE

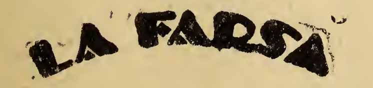
COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada el día 1.° de junio de 1932, en el Teatro María Isabel, por la Compañía CARMEN MORAGAS

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO





AÑO VI | 16 DE JULIO DE 1932 | NÚM. 253
MADRID

R E P A R T O

PERSONAJES	ACTORES
Aurelia..	Carmen Moragas.
Paulina..	Carmen López Lagar.
Tristana..	Micaela Castejón.
Manolito..	Pilar González Torres.
Gloria..	Paz Robles.
Laura..	Amanda Nalda.
Doncella..	Consuelo Sanz.
Actriz 1.ª..	Panchuly Meller.
Actriz 2.ª..	Emilia Sanz.
Luis..	Rafael Calvo.
Luciano..	Manuel Dejuán.
Pepe..	Ricardo Juste.
Aldana..	Francisco Calvera.
Manolo..	Emilio Menéndez.
Romero..	Rafael Terry.
Periodista..	Francisco Valera.
Modisto..	Rodolfo del Campo.
Escenógrafo..	Angel Alcaraz.
Traspunte..	Sr. Mareca.

ACTO PRIMERO



Habitación muy elegante en casa de Aurelia, primera actriz del teatro español. La noche de su beneficio.

LAURA.—(*Al teléfono.*) Oiga, deme usted noticias. ¿Qué pasa? ¿Gran éxito? ¿Como el día del extreno? ¿No? ¿Más? ¿Menos? Hombre sea usted amable, querido Albertito, que le pregunto en serio... Bueno, es usted incorregible. ¡Claro que tengo interés! Una gran ilusión... Mi sueño dorado... ¡Quién fuera ella! Oiga, ¿qué ha sido, haga el favor? ¿Gran éxito? (*Se oye un timbre.*). ¡Ah! ¡Llaman! Adiós. (*Cuelga y sale.*)

ALDANA.—¿No han venido todavía?

LAURA.—Todavía no, señor.

ALDANA.—No tardarán.

LAURA.—¿Ya terminó?

ALDANA.—Hace veinte minutos.

LAURA.—¿Exito?

ALDANA.—Grande.

LAURA.—Como siempre.

ALDANA.—Quizá hoy más.

Laura.—Yo envidio a la señora.

Aldana.—¡Si fuera usted la única!

Laura.—Ha llegado a lo más que puede llegar una mujer. Gloria, aplausos, fortuna y juventud.

Aldana.—Cuatro cosas admirables. Con una cualquiera de las cuatro ya hay bastante. Usted tiene la última: juventud.

Laura.—Me interesan más las otras tres, señor.

Aldana.—¿Ambiciosa?

Laura.—Mucho.

Aldana.—¿También ilusión por el teatro?

Laura.—También.

Aldana.—El teatro es un veneno.

Laura.—¡Tan dulce! (*Timbre.*) Con permiso, señor.

Avisador.—(*Con grandes cestas de flores.*) La señora me ha mandado que las deje aquí.

Laura.—Perfectamente. Entrelas. ¡Qué hermosura!

Avisador.—Estas tres que las ponga usted en primer término.

Laura.—¿Cómo en primer término?

Avisador.—Quiero decir en el sitio preferente.

Laura.—¡Ah, bien!

Avisador.—Luego traeré más.

Laura.—Hasta luego. (*Lo acompaña.*)

Aldana.—(*Solo.*) Estas tres en primer término...

Laura.—¿Me permite usted que mire las tarjetas?

Aldana.—Mírelas.

Laura.—Juan Gordón, el empresario.

Aldana.—Este Gordón hace honor a su apellido: es un fenómeno. Todo su cuerpo sigue el compás de su temporada. En las temporadas malas se queda en los huesos y en las magníficas se pone imponente. La temporada actual seguro que la lleva en el estómago.

Laura.—Abel Alvear, primer actor. ¡Que hombre tan guapo!

Aldana.—Ha tenido la inteligencia de ser guapo. No todos son tan listos.

Laura.—Luciano David, el maestro. ¿Sobre él no dice usted nada?

Aldana.—Nada; él es aparte.

Laura.—La más barata es la del empresario.

Aldana.—Casi siempre pasa igual. (*Pausa.*)

Laura.—¿Vendrá el maestro esta noche?

Aldana.—Claro que sí. Aurelia es la única actriz española que cuenta con las obras del maestro, gran autor, autor universal. Claro que se podía hablar mucho de su vida privada. La vida

privada del maestro es poco recomendable. Es un don Juan. Todas las mujeres se le rinden. Unas al hombre. Otras al autor.

LAURA.—(*Suspirando.*) ¡Y otras no sabrán por cuál decidirse! Sus rosas son las mejores.

ALDANA.—Ya. ¡Sus rosas están tan cerca de su tarjeta! Pero su tarjeta están tan lejos de él... Llaman. Deben ser ellos. (*Sale Laura. Entran PEPE y MANOLITO, un niño de doce años.*)

PEPE.—Hola, querido. ¿Llevas mucho esperando?

ALDANA.—No, un momento. No sabía que habías llevado al pequeño.

MANOLIN.—Pues sí; papá ha querido llevarme. ¿Cómo está usted, señor Aldana?

ALDANA.—Muy bien, y tú hecho un hombre, ¿eh? Muy guapo.

MANOLIN.—Eso de guapo tiene más importancia cuando me lo dicen las mujeres. Yo soy muy despierto, no crea usted.

PEPE.—Vamos, vamos... Hemos estado en un palco con la señora de Tréver, que lo ha mimado demasiado.

MANOLIN.—¡Puf! La señora de Tréver es una vieja. Detesto a las viejas. ¡Se ponen más empalagosas! A mí me gustan las mujeres espléndidas.

PEPE.—¿Pero qué sabes tú, niño?

MANOLIN.—Mamá, por ejemplo, es una mujer espléndida. Todo el mundo lo dice. Esta noche ha estado sublime. ¿Qué opinas tú que le dirán los críticos mañana, papá?

ALDANA.—¿Pero tú lees las críticas?

MANOLIN.—¡Claro, señor Aldana! Mamá es la única actriz con quien no se meten. Mamá es ilustre. En cambio, a las demás les dicen cada cosa que me tumbo de risa.

PEPE.—Bueno, bueno, niño. Nos estamos metiendo en honduras. Culpa mía por llevarte... A la cama.

MANOLIN.—Sí, sí... yo a la cama y aquí vosotros organizaréis una juerguecita. ¡Puf! Tengo unas ganas de tener unos años más, si vieras.

PEPE.—Pero, ¿tú oyes esto?

ALDANA.—¡Maravilloso! Tienes un chico saladísimo. Como para estar loco por él.

PEPE.—Y lo estoy, querido, lo estoy. Este muchacho chisgarabís, que en todo se fija y en todo se mete..., es mi vida.

MANOLIN.—Sí, señor. Soy la vida de papá, pero también la vida de mamá. Sin embargo, entre papá y mamá hay una gran diferencia.

PEPE.—¿Qué dices?

MANOLIN.—Muy sencillo. Mamá es una mujer espléndida y papá no es un hombre espléndido. Cuando los hombres hablan de mamá dicen: "¡Vaya mujer!" Pero las mujeres nunca dicen de papá: "Vaya hombre". Luego no eres espléndido.

ALDANA.—(*Riendo.*) ¡Pero, chico! ¡Decirle eso a tu padre!

MANOLIN.—(*Muy serio.*) Lo que es verdad, es verdad.

PEPE.—Claro, claro; tiene razón el muchacho.

MANOLIN.—Pero todavía hay otra diferencia mucho más grande, que es la peor.

PEPE.—¿Cuál?

MANOLIN.—Mamá es muy importante, y tú no eres nada importante. A ti nunca te sacan en los periódicos. A mamá la consultan todas las cosas: ese de las melenas largas que hace los decorados, las actrices, el primer actor y hasta el maestro muchas veces también la consulta. Pero a ti, no. Una vez te sacaron en un periódico, ¿te acuerdas? Cuando aquel banquete a mamá que fué hasta un ministro... Pues decía muy chiquitito al final. "El marido de la ilustre actriz también asistió".

PEPE.—(*Después de una pausa.*) Es verdad. El marido...

MANOLIN.—Desengáñate, papá. No eres importante.

ALDANA.—¡Bueno! No cabe duda que los niños donde están mejor es en la cama!

MANOLIN.—(*Encarándose.*) ¿Por qué dice usted eso? Hay muchos que no me quieren porque dicen que suelto cosas. Pues si me manda usted a la cama es peor, porque es allí donde las pienso.

PEPE.—¡¡Manolito!!

MANOLITO.—No te enfades, papá. El señor Aldana no comprende que, aunque no eres importante, te quiero mucho. Tú no tienes aplausos, ni te dicen ilustre, ni te dicen "Vaya hombre". Para compensarte todo eso mi obligación de hijo es quererte más.

PEPE.—(*Abrazándolo.*) ¡Hijo mío!

MANOLIN.—(*A Aldana, petulante.*) ¿Y ahora también los niños a la cama?

ALDANA.—¡Bravo! Has tenido un gesto delicioso. Serás un gran actor.

PEPE.—¡¡No!! ¡¡Actor, nunca!!

MANOLIN.—Después de ver a mamá no queda ilusión para ser actor o actriz. Mamá ha llegado. Lo que se dice "ha llegado". En la escena del beso con el primer actor estuvo magnífica. Me gustaría que tuvieras talento para que esa escena del beso la hicieras con ella.

ALDANA.—Niño, niño...

PEPE.—Pero yo no soy actor, hijo mío... Tu madre tiene que representar, tiene que hacer esa escena con alguien...

MANOLIN.—Ya lo sé. Además tú no la sabrías hacer en el teatro, no lo sabes hacer en casa...

PEPE.—¿Qué dices?

MANOLIN.—¡Claro! Tú nunca besas a mamá. Y haces mal, porque es espléndida. ¿Sabes lo que pienso?

ALDANA.—Mira, mejor que no lo digas.

MANOLIN.—Pienso que tú y mamá no os queréis mucho.

PEPE.—(*Serio.*) ¿De dónde sacas eso? Ea, se acabó. Despídete del señor Aldana.

MANOLIN.—(*Dándole la mano.*) Mucho gusto, señor Aldana. Que siga usted bien. (*En secreto.*) Ahora tengo que pensar en una cantidad de detalles que he cogido hoy para que no se me olviden.

PEPE.—Vamos.

MANOLIN.—¿Me perdonas, papá?

PEPE.—(*Besándole.*) ¡Hijo mío!

MANOLIN.—Buenas noches. (*Sale.*)

PEPE.—(*Pausa.*) Ya ves, ya ves...

ALDANA.—Ya veo, ya. Se está dando cuenta de muchas cosas.

PEPE.—¿Y qué quieres que haga? Que le tape los ojos, que le coja la inteligencia con las manos para que no vea ni comprenda lo que ve?

ALDANA.—Carácter, carácter.

PEPE.—¿Para qué? Yo no soy nadie aquí.

ALDANA.—El marido.

PEPE.—De la actriz nada más. Ya lo oyes: decía chiquitito al final... "El marido de la ilustre actriz"...

ALDANA.—¿Y piensas seguir así?

PEPE.—Siempre.

ALDANA.—¿Y eres feliz?

PEPE.—Sí, mientras no me falte una cosa.

ALDANA.—¿Qué es?

PEPE.—El cariño de mi hijo.

ALDANA.—Pero la gente...

ALDANA.—¿Y ella?

PEPE.—Nada. Nuestras vidas se separaron hace mucho tiempo. Y escucha, amigo: ¿en este renunciamiento, en esta impasibilidad mía no crees tú que hay alguna causa secreta que me hace ser superior a todos?

ALDANA.—¿Qué es, di?

PEPE.—Nada, nada... Tonterías; no tiene importancia. (*Desde dentro, aplausos y voces de ¡bravo, bravo, bravísimo! Entran en tropel TRISTANA, PAULINA, GLORIA y ROMERO. Entre los aplausos y los bravos entra AURELIA, del brazo del MAESTRO.*)

TODOS.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo!

AURELIA.—¡Oh, amado pueblo! Muchas gracias, muchas gracias.

TRISTANA.—Admirable, hija mía, admirable. Puedes creerme que yo soy para ti como una madre. Ha resucitado Sarah Bernhardt; yo que la conocí... Bueno, la conocí siendo una niña, ¿eh?, siendo una niña...

ROMERO.—¡Magnífica, Aurelia! ¡Bravo, Aurelia!

AURELIA.—Por Dios, amigos míos... Sois buenísimos. Este entusiasmo vuestro se debe sobre todo al cariño de compañeros, de hermanos en esta familia de Papá Teatro... No sé cómo agradecéroslo...

PAULINA.—¡Agradecimiento con champagne!

TODOS.—(*Aplaudiendo.*) ¡Champagne!

ROMERO.—Silencio, señores, silencio. Va a hablar el maestro.

LUCIANO.—Queridos amigos: Esta noche me llevaré el recuerdo de uno de los mejores momentos de mi vida. Declaro que Aurelia ha estado insuperable. Ha agrandado mi obra, la ha ensanchado por todas partes y la ha llenado *de ella*. Prometo bajo juramento solemne no escribir más que para ella: Atar mi pluma a su arte.

TODOS.—¡Bravo! ¡Que se abracen, que se abracen!

AURELIA.—(*Abrazándolo.*) ¡Luciano! Eres muy bueno.

PAULINA.—¡Eh, champagne! ¡Aquí hace falta el champagne!

TRISTANA.—No te preocupes, Aurelia, voy yo. Yo me cuido de todo; si soy como una madre...

AURELIA.—¡Qué feliz soy! ¡Esta noche he sido algo más que yo misma. En cuanto entré en escena lo comprendí. ¿Qué me pasa?, me dije. No sé. Tenía conciencia de algo que no podía expresar. Me miraba mis propios gestos, me escuchaba, me sentía... Si hubiera estado como siempre lo hubiera comprendido en seguida... Pero, no. Yo era *más*. El sonido de mi voz era distinto. Tenía matices nuevos. Aquella escena de ironía perversa me mordía la carne y al decirla me sentía capaz de matar con la voluntad... Y aquella otra del coqueteo... Yo estaba maravillada. Francamente, nunca creí que podía ser tan coqueta...

PAULINA.—Por Dios, Aurelia... Sobre esas cosas ninguna mujer debe decir su última palabra.

AURELIA.—No, con franqueza; yo soy algo dura de expresión,

enérgica. Cuando he amado, he amado de una vez para toda la vida.

PAULINA.—¡Amar de un tirón! ¡Hasta en eso eres extraordinaria!

PEPE.—Tienes razón. Se ama sólo una vez.

AURELIA.—¿Ah, estabas tú ahí? Naturalmente.

LUCIANO.—¿Pero esa vez no termina nunca, verdad?

AURELIA.—(*Mirándole intensamente a los ojos.*) Verdad. (*Rompiendo a reír.*) Ja..., ja..., ja..., ja... Me ha parecido en este momento que continuaba en escena. ¡Me siento intensamente coqueta, qué le vamos a hacer! Es un placer nuevo para mí y hay que perdonarme. Debe ser magnífico llevar aquello a la vida. La escena del beso, toda llena de escondrijos, sinuosa...

LUCIANO.—Un poco larga, creo. (*Serio.*) Habrá que cortar.

ROMERO.—(Cómo la cuida el maestro, ¿eh?)

PAULINA.—(Naturalmente, es su debilidad.)

AURELIA.—No, Luciano. Tú mismo lo has dicho. He agrandado la obra, la he llenado de mí. Pues bien: me pertenece. Es mía. No se toca. Esta noche al representarla he recorrido las mismas sensaciones que aquella noche de mi primer éxito. Fué igual que hoy. Al entrar en escena, la misma sacudida extraordinaria... Y luego una serenidad tan perfecta, tan punzante, que era casi como un dolor... Comprendí que iba a hacer algo bueno o malo, pero superior, mío, nuevo... Al llegar a la escena culminante me temblaban los sonidos y las ideas con un temblor íntimo, sereno... Y al decir aquella frase "soy yo la que te busca y la que te espera", puse tal fuerza desconocida, que de repente tuve que pararme. Pasó un momento y el público se paró conmigo. Cuando reanudé el diálogo volví a repetirla y estalló el éxito... ¡¡Pero entonces la ovación no me importaba nada, lo que me importaba era como yo lo había dicho!! Y en tres horas nada más, de las diez a la una, conseguí todo cuanto deseaba hacía meses y años... La gloria y el vértigo de la gloria... Se acabó el anónimo. En una noche, poco a poco, en cada una de mis entradas a escena, en cada una de mis frases..., disminuía esa oscuridad que me envolvía desde siempre... ¡¡Subía!! ¡¡De diez a una!! ¡¡En tres horas nada más había recorrido el camino de toda mi vida!!

TRISTANA.—(*Que traía cuatro botellas de champagne y que ha escuchado el relato de Aurelia, rompe a llorar escandalosamente.*) ¡Ay, qué emoción! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué emoción! ¡¡Si yo para ella soy como una madre!! (*Gran escándalo.*)

PAULINA.—¡Tristana!

ROMERO.—¡Por favor! ¿Qué es eso?

LUCIANO.—¡ Pero, mujer !

ALDANA.—No se ponga usted así.

TRISTANA.—Yo me emociono mucho. A mí estas cosas me llegan: porque una es artista y tiene corazón.

PAULINA.—Calma, calma.

ROMERO.—Darle tila.

TRISTANA.—No, tila, no. Dame champagne.

AURELIA.—Aldana, que traigan copas; haga el favor. (*A Pepe.*) Tú descorcha, hombre, sirve para algo.

PAULINA.—Mire usted, Tristana, aquí pamenas, no. Estos arrechuchos son para hacerse la interesante. Y una dama de carácter no tiene derecho a hacerse la interesante.

TRISTANA.—(*Levantándose.*) ¿Eh? ¿Qué dice esta niña?... ¿Que yo no tengo derecho?...

ROMERO.—Bueno, se armó.

LUCIANO.—¡ Silencio ! Como no se callen ustedes se quedan sin papel en mi nueva obra.

TRISTANA.—¡ Ay, por usted, maestro, por usted, que le quiero como a un hijo !...

AURELIA.—El champagne. Vengan las copas.

ROMERO.—¡ Por el arte !

PAULINA.—¡ Por la gloria !

TRISTANA.—¡ Por el éxito !

LUCIANO.—¡ ¡ Por la actriz ! !

AURELIA.—No. ¡ Por todo lo pequeño, por todo lo desconocido, por todo lo que no tiene importancia !

TRISTANA.—(*A Pepe.*) ¿Y usted no bebe? Usted también, hombre, que también es de Dios.

PAULINA.—¡ Que brinde Pepe ! ¡ Que brinde Pepe !

AURELIA.—Es verdad. ¿Por qué brindas tú?

PEPE.—¿Yo? Por el cariño de nuestro hijo.

AURELIA.—(*Cesa de beber. Pausa.*) ¿Le has llevado al teatro?

PEPE.—Sí.

AURELIA.—¿Me ha visto trabajar?

PEPE.—Sí.

AURELIA.—¿Qué ha dicho?

PEPE.—Que eres una mujer espléndida.

AURELIA.—¡ Qué talento tiene el pequeño !

PEPE.—Tiene a quién parecerse.

AURELIA.—Naturalmente: a mí.

PEPE.—(*Muy despacio.*) ¿Y a su padre... no se parece?

AURELIA.—No, hijo; de su padre no tiene nada. (*Echándose a reír.*) ¡Luciano! ¡Luciano! ¡Champagne!

PAULINA.—¡Querida Tristana!

TRISTANA.—¡Querida Paulina!

PAULINA.—¡Si usted para mí es como una madre!

TRISTANA.—¡Hija de mi alma! (*Se besan amorosamente.*)

ROMERO.—Bueno. Se les sube el champagne al corazón.

PAULINA.—Fíjese, fíjese, Aurelia y el maestro. Están bebiendo y mirándose. Parece que se beben cada uno en los ojos del otro. Qué amistad tan intensa, ¿verdad?

TRISTANA.—¡Ay, es conmovedor! ¡Cómo se quieren esas dos criaturas! ¡Luego dicen que hay tanto malo en el mundo! Pero viendo estas escenas se reconforta el ánimo. Aún queda romanticismo. ¡Yo he sido tan romántica!

ROMERO.—¿Y cree usted que para el marido también será reconfortante?

PAULINA.—¡Por Dios, el marido! ¡Un don nadie, hasta ahí podríamos llegar!

ROMERO.—Claro que sí.

TRISTANA.—Además, esto no es un capricho vulgar ni un devaneo de un momento, es una cosa muy seria, de toda la vida; luego tienen derechos adquiridos. Hay que ver lo que significa que siendo Aurelia una mujer solicitadísima durante años y años le guarda fidelidad al maestro. Luego Aurelia es una mujer fiel. El mismo marido tiene que comprenderlo.

ROMERO.—¿Y usted cree que lo comprenderá?

TRISTANA.—No lo sé. Hay maridos muy brutos, desde luego. Pero hay otros más avanzados, más cariñosos.

PAULINA.—Maridos de vanguardia.

TRISTANA.—Todo depende de la forma. Cuando una mujer engaña a su marido a tontas y a locas, es innoble, claro está. Pero cuando las cosas se hacen con decencia y con honradez, no hay derecho a ofenderse.

ROMERO.—¿Es suya la teoría?

TRISTANA.—Mía. La práctica de todos. ¡Ay, yo a veces me pongo más inteligente!

ROMERO.—¿Otra copita?

TRISTANA.—Muchas gracias, muchas gracias.

AURELIA.—Querido Luciano, quiero que tu próxima obra sea sobre la coquetería de una mujer. Hazme un gran papel de mucha importancia; por ejemplo: una mujer que juegue con los gobiernos, que pueda derribar a un ministro de una mirada.

LUCIANO.—Imposible. Una mirada así la cortará la censura.

AURELIA.—Sitúala en un país imaginario.

LUCIANO.—No tengo imaginación para tanto. Luetonia, Eslavonia..., cursilerías. Países de teatro y no de mapas.

AURELIA.—No quieres...

LUCIANO.—Sí quiero, si echamos al primer actor.

AURELIA.—¿No te gusta?

LUCIANO.—Al contrario: lo hace demasiado bien.

AURELIA.—¡Eres terrible, Luciano!

ALDANA.—(*A Pepe.*) Bueno, y a todo esto, ¿tú que dices?

PEPE.—¿Yo? Nada. Bebo champagne. Ahora no bebo por mi hijo, bebo... por la risa humana. Por la risa de los demás y por la risa *mía,* que es mi secreto.

ALDANA.—¡Estás loco!

PEPE.—¡Quién sabe! No aventures juicios por si acaso...

TRISTANA.—Luego dicen que España... Estamos civilizadísimos, ¿eh? Estas escenas son verdaderamente cosmopolitas... Nos está dando un ejemplo magnífico de marido extranjero.

ROMERO.—Extranjerísimo. ¿Los llama usted así, verdad?

TRISTANA.—Los llamaba así mi Pepe, que en paz descanse. Mi Pepe tenía mucha chispa.

PAULINA.—(Su Pepe también había atravesado la frontera. Y creo que recorrió toda Europa...; hoy en día hay un turismo!)

TRISTANA.—Pero bueno, dejemos esta conversación, que a mí no me va, no va con mi carácter. Yo soy una ingenua.

PAULINA.—Mire usted, Tristana. Ingenuas, no. Usted es la dama de carácter y nada más.

TRISTANA.—¿Pero, qué dice esta niña? ¿Que yo no tengo alma de ingenua? ¿Pero es usted capaz de decir que yo no tengo alma de ingenua? ¡Ay, Dios mío, si lo oyera mi Pedro!

PAULINA.—Otro extranjero.

TRISTANA.—¡Mentira! ¡Mentira! Ese no ha salido nunca de España. ¡Fué el único!

AURELIA.—¿Pero qué pasa?

LUCIANO.—¿Otra vez?

TRISTANA.—¡Ay, Dios mío! Esta mujer que la ha tomado conmigo. ¡Como si una dama de carácter no pudiera tener sus ingenuidades! Me voy a casa, Aurelia, no puedo más. Que seas muy feliz, hija mía; has estado admirable. Tú para mí eres una cosa muy grande. Yo que conocí a Sara Bernhardt... Bueno, yo era una niña... No, no. Que no me acompañe nadie, porque me pongo muy nerviosa, muy nerviosa... Yo no sé por qué en el teatro en

cuanto crece una demasiado, ya no se puede ser ingenua, ni vampiresa, ni nada decente. ¡Ay, maestro! Sólo ustéd puede salvarme. Hágame un papel de ingenua. El gran papel. Que haga el papelón. Buenas noches a todos. No, no, no es el champagne, no... Es la emoción de esta noche... el arte, la gloria, los aplausos... ¡Tengo unas ganas de llorar! Pero me voy para no dar el espectáculo. Si me quedo doy la nota, ¿eh? Estoy segura de que doy la nota. No, no... ¿qué pasa, ¿qué pasa? Si estoy tranquilísima. No, no me pasa nada, absolutamente nada... (*Mutis.*)

AURELIA.—Por Dios... acompáñala tú...

PAULINA.—¡Esto es el colmo! Esta mujer me quiere quitar mi puesto de ingenua, y a mí no me conoce, porque si se pone a las malas soy capaz de cualquier barbaridad. Hasta de ir a la cárcel. A mí, a ingenua, no me gana nadie.

AURELIA.—Pero, Paulina, por Dios.

PAULINA.—Perdona, hija... ¿Verdad que hay momentos en que parece que una no tiene educación?

AURELIA.—Sí los hay, sí.

PAULINA.—Pues ya ves, hasta la educación se disimula. Y me voy detrás de ella, no vaya a hacer cualquier tontería. Porque el caso es que nos queremos. Toda la vida de vivir juntas, somos como dos hermanas... Pero en tocante a la ingenuidad no transigimos. La ingenuidad tiene la culpa. Adiós, Aurelia. ¡¡Tristana!! ¡¡Tristana!! ¡¡Espere usted no se vaya a caer!! ¡¡Tristana!! (*Mutis.*)

AURELIA.—Acompáñenlas ustedes, por favor... Déjenlas en un taxi.

ROMERO.—Buenas noches, Aurelia. Buenas noches a todo. (*Mutis.*)

ALDANA.—Yo también me voy.

PEPE.—No. Tengo que hablarte. Si quieres las dejamos en un taxi y luego vuelves conmigo. Esta noche te necesito, ¿sabes?

ALDANA.—Como quieras.

PEPE.—Volvemos en seguida, Aurelia. (*Esta cae en una butaca, echa la cabeza atrás, respira largamente. Pausa.*)

AURELIA.—Luciano...

LUCIANO.—¿Qué quieres?

AURELIA.—Dame un cigarrillo. (*Enciende.*)

LUCIANO.—¿Eres feliz?

AURELIA.—Tanto como tú.

LUCIANO.—Entonces, ya es bastante.

AURELIA.—¿Verdad que soy genial? Repítelo. Me gusta oirlo.

LUCIANO.—Eres genial, Aurelia.

AURELIA.—Más.

LUCIANO.—(*Despacito.*) Genial... Ge... ni... al... Ge... ni... al...

AURELIA.—¡Ah!... Deliciosa música, Luciano. Merecía ser de Chopín. ¡Estoy tan cansada!... Sigue... Quisiera dormirme oyéndote...

LUCIANO.—Genial... Ge... ni... al... Pero no me vas a tener así toda la noche.

AURELIA.—¡Silencio! Todo lo he conseguido, todo es mío. Si en este momento me dijeran "pide algo", no sabría qué.

LUCIANO.—Yo sí.

AURELIA.—¿Aquello?

LUCIANO.—Aquello.

AURELIA.—¡Bah, no seas bobo, Luciano! ¿Tienes la bondad de coger mi cigarrillo?

LUCIANO.—Mira, querida. Me estás haciendo una escena y considera que yo no soy el público.

AURELIA.—Perdona. Me siento tan teatral en este momento..., tan final de acto... Cópiame para tu nueva obra.

LUCIANO.—¡Aurelia! Toda la vida te he copiado. (*Pomposo, cómicamente.*) En las cuartillas y en el corazón.

AURELIA.—Esa frase es tan nueva que gustará mucho. Ahora, ahora...

LUCIANO.—¿Qué?

AURELIA.—Me das un beso, y cae el telón.

LUCIANO.—Nos lucíamos, querida. No aplaudían nada. Yo tengo otro final. En el momento de besarte entra el marido.

AURELIA.—Muy viejo. Siempre sucede. Cuando la mujer y el amante se quedan solos en escena, el público está esperando "ya va a entrar, ya va a entrar"... Y siempre los coge en el momento culminante.

LUCIANO.—¿Me permites? (*La besa.*)

AURELIA.—¿Qué haces?

LUCIANO.—Esta escena nos ha fallado. No nos cogió.

AURELIA.—Es verdad.

LUCIANO.—Un momento, Aurelia. Te ruego que hablemos en serio. Esta noche he sentido como nunca mi gran pena, la de siempre.

AURELIA.—¡Qué tontería!

LUCIANO.—Tú que eres mía en cuerpo y alma desde toda la vida, ¿por qué no puedes ser mía legítimamente?

AURELIA.—Ya ves. Soy casada.

LUCIANA.—¿Hubo alguna razón para ese matrimonio absurdo?

AURELIA.—Ninguna. Nos casamos, como tantos en la vida..., porque sí.

LUCIANO.—¿Y después?

AURELIA.—Todo terminó rápidamente. Ni él me importa ni yo le importo; él su vida y yo la mía. No, Luciano; celos, no.

LUCIANO.—Dime: ¿él está enterado?

AURELIA.—No lo sé.

LUCIANO.—Es indigno, es bajo. ¿Por qué no se ha ido?

AURELIA.—Por el pequeño.

LUCIANO.—¿Precisamente por el pequeño? ¡Es gracioso!

AURELIA.—¡Calla Luciano! Hay veces que ese hombre me da miedo. Tiene una serenidad especial, un gesto frío en los ojos... No es un imbécil, no. Tampoco es bueno, debe ser perverso por dentro... Siempre como pensando..., como... madurando un plan...

LUCIANO.—¿Una venganza?

AURELIA.—¡Quién sabe!

LUCIANO.—¿Le temes?

AURELIA.—Sí.

LUCIANO.—¿Pero no quedamos en que tú no le importas?

AURELIA.—Yo no. Pero le importa el pequeño. Lo quiere con locura. Vive para él.

LUCIANO.—Aurelia, te ruego que cambiemos de conversación. Me molesta hablar de ese hombre.

AURELIA.—Te molesta, y es tu único pensamiento.

LUCIANO.—¿Quieres más champagne?

AURELIA.—Sí, gracias.

LUCIANO.—Has estado admirable esta noche.

AURELIA.—Soy feliz.

LUCIANO.—Geni... al... Ge... nial... Ge... nial...

AURELIA.—Espera. Deja que recueste la cabeza y cierre los ojos... Ya.

LUCIANO.—¿Otra vez teatral?

AURELIA.—Otra vez. No, por Dios; ahora no me beses. Si repites el juego puede que esta vez nos coja.

LUCIANO.—¿Y qué? No tengo miedo a tu marido.

AURELIA.—No importa. Echarías a perder esta escena. ¡Sería tan vulgar!

PEPE.—(*Entrando con ALDANA.*) Ya se han marchado.

AURELIA.—¿Lo ves?

ALDANA.—Francamente, querida Aurelia, no sé cómo puede usted soportar a esas dos ingenuas.

AURELIA.—Me divierten. Hay días tan grises que necesito esa

nota de color. En tiempos tuve un papagayo precioso que decía palabrotas. Estaba en mi saloncillo, y todo lo que oía a uno se lo contaba luego a otro, y armaba unos líos deliciosos. Pero después hubo que matarlo, porque ya empezaba a meterse conmigo. Y ahora tengo a estas dos. Lo malo es que ellas saben que me divierten, y muchas veces abusan.

LUCIANO.—Bueno, Aurelia; estás fatigadísima. Debes descansar.

AURELIA.—Estoy destrozada.

LUCIANO.—Hasta mañana, querida. (*Le besa la mano.*)

AURELIA.—Hasta mañana, Luciano.

LUCIANO.—Buenas noches, señores.

ALDANA y PEPE.—Buenas noches. (*Mutis Luciano.*)

AURELIA.—(*Se echa a reír.*) Ja..., ja..., ja.

PEPE.—¿De qué te ríes?

AURELIA.—No sé... Estoy contenta... (*Presentando su copa.*) ¿Hace usted el favor, Aldana?

ALDANA.—En seguida, señora. (*La sirve.*)

AURELIA.—Gracias, Aldana...

ALDANA.—¿Señora?

AURELIA.—¿Usted no ha sido feliz nunca?

ALDANA.—Sí, señora; algunas veces.

AURELIA.—Me alegro. ¿Qué tal he estado esta noche? ¿Usted que opina?

ALDANA.—Admirable.

AURELIA.—No, no. Diga usted genial, genial..., ¿tiene la bondad?

PEPE.—¡Aurelia!

AURELIA.—No te asustes, hombre. Hay que considerar que ha sido mi beneficio. Cuantas flores, regalos, aplausos... ¡Estoy muy contenta de ser tan importante!... Mañana me lo dirán todos los periódicos... Solamente siento no ser yo público para poderme aplaudir yo misma. ¡Soy tan vanidosa! ¡Ah!... ¡Qué cansada!

PEPE.—Vamos. Ya es hora...

AURELIA.—Sí, voy, voy... ¡Ah, una cosa se me olvidaba! ¡Una cosa se me olvida, y no sé qué es!

PEPE.—Mujer, no se te olvida nada.

AURELIA.—Sí. Una cosa. Tú sabes lo que es y no me lo quieres decir. ¿Por qué no me la dices?

PEPE.—Porque hoy no tiene importancia.

AURELIA.—Si tiene, sí..., ¿qué es? Si seré tonta que no puedo acordarme.

PEPE.—Poca cosa. Besar a tu hijo.

AURELIA.—Mi hijo... (*Pausa.*) Es verdad. (*Vuelve a reír.*) ¿Ves

cómo yo sabía que era algo? A pesar del champagne no me olvidaba... Voy...

PEPE.—¡No!

AURELIA.—¿Por qué?

PEPE.—Lo despertarías.

AURELIA.—No importa. Soy su madre.

PEPE.—¡Te digo que no! Mañana.

AURELIA.—(*Riendo.*) ¡Qué gracioso, qué gracioso! ¡A una madre que la impiden besar a su hijo! ¿Y quién se lo impide? ¿Quién?

PEPE.—¡Yo!

AURELIA.—¿Y quién... eres tú?

PEPE.—El padre.

AURELIA.—¡Aaaah!... Es verdad. ¿Entonces no lo beso?

PEPE.—No lo besas.

AURELIA.—Bueno hombre, bueno. No te pongas así..., no pasa nada... Total una madre que no puede besar a su hijo porque se lo impide él..., el... padre... (*Medio riendo y medio quejándose.*)

PEPE.—¡No te rías ahora!

AURELIA.—Pero, hombre, es el champagne... Compréndelo que es el champagne... Todo me hace gracia. ¡Ah, por favor, llévame!... Estoy destrozada...

PEPE.—Vamos.

AURELIA.—No. No me he despedido de Aldana; groserías, no. Buenas noches, amigo mío.

ALDANA.—Buenas noches, Aurelia.

AURELIA.—Te advierto que si no beso al chico es porque no me da la gana. Porque si a mí se me pone una cosa en la cabeza...

PEPE.—Vamos, mujer. (*La arrastra hacia adentro. Se oye la risa de ella, que se va perdiendo. Pausa larga. Vuelve Pepe.*)

ALDANA.—Querías hablarme.

PEPE.—Sí. (*Pausa.*) ¿Qué opinión tienes de mí?

ALDANA.—Hombre, es una pregunta...

PEPE.—Contesta. Yo sé perfectamente lo que piensa de mí la gente, pero no se lo qué piensas tú. Y me interesa. Dime, ¿qué piensas de mí?

ALDANA.—Querido Pepe, soy tu único amigo y no quisiera darte un disgusto...

PEPE.—¿Tan malo es?

ALDANA.—No: tan triste.

PEPE.—Veamos. Yo sé que Aurelia y el maestro se aman. Sé

que es de toda la vida, sé que lo sabe todo el mundo. Y ahora te pregunto: ¿tú crees que yo soy un hombre indigno?

ALDANA.—No lo eres.

PEPE.—¿Y por qué no lo soy? El que juzgue por los hechos puede insultarme con un insulto bastante vulgar, y yo no tendría más remedio que decirle: sí, señor, tiene usted razón.

ALDANA.—Y, sin embargo, no la tendría.

PEPE.—¿Por qué?

ALDANA.—Porque ella no es tu mujer, sencillamente, porque no te importa, ni la has querido jamás... Porque a los pocos días de vuestro matrimonio fuisteis ya dos extraños. Ella no es tu mujer. Vuestras vidas se han separado, mejor aún, no se unieron nunca.

PEPE.—¿Nada más que por esas razones? Entonces tendrían derecho a insultarme.

ALDANA.—¿Hay otras?

PEPE.—Naturalmente. Escucha. Toda mi vida la he concentrado en una sola ilusión, en un sólo cariño: mi hijo. Desde muchacho, siempre he tenido la misma idea fija. No me interesaban los negocios; ganar dinero no era para mí una ambición... No me interesaba el arte... El arte era un lujo, y yo soy tosco, simple... Tampoco me interesaron grandemente las mujeres... Una vez conseguidas me aburrían, me cansaban. Solamente una cosa podía llenarme toda la vida: algo que ya me llenaba todo el deseo: un hijo. El día que lo tuve creí volverme loco. Ambiciones, empresas, amores... No, no... Para mí la esencia de la vida humana es la paternidad.

ALDANA.—¡Dios mío! ¿Pero qué dices, desgraciado, qué dices?

PEPE.—¿Desgraciado, por qué?

ALDANA.—No sé, perdóname... ¿Entonces, tú cifras toda tu ilusión en ese muchacho? ¿Has puesto en él toda la razón de tu existencia, verdad?

PEPE.—¡Toda!

ALDANA.—¿Y si el chico muriera?

PEPE.—¡Para qué quería yo vivir!

ALDANA.—Pepe, por Dios...

PEPE.—¿Qué pasa?

ALDANA.—Nada, nada.

PEPE.—¿Qué pasa, hombre? Sé franco. Conmigo puedes hablar con entera libertad. Las cosas más crudas las hemos discutido entre los dos. ¿Tú no tienes nada que decirme?

ALDANA.—Nada, Pepe.

PEPE.—Mientes. Cuando te hablé de mi ilusión de padre tuviste un arrebato de un instante. ¿Ves que éstoy tranquilo? ¿Qué pensaste?

ALDANA.—Pensé que hacías mal en poner toda tu vida en un hijo...

PEPE.—Te pensaste más. ¡Pero imbécil! ¡Si no es tuyo! ¿No fué así?

ALDANA.—Sí.

PEPE.—Pues ahora te contesto yo: lo siento mucho, querido; pero el engañado eres tú, porque es mío.

ALDANA.—¿Qué dices? Pero todo el mundo...

PEPE.—Ya lo sé. Todo el mundo cree lo que tú. Y cuando la gente me ve con el chico en los teatros o por la calle, todos piensan: "¡Este pobre diablo, que tenía la ilusión de un hijo!; pero si será idiota este pobre diablo que al que quiere es al hijo del otro". Y la gente se ríe, pero yo también. Porque es la gente la que está equivocada, no yo. El chico es mío.

ALDANA.—¿Tuyo?

PEPE.—¡Claro! De quien no es, es de ella.

ALDANA.—¡Estás loco!

PEPE.—No. No soy un loco. Ahora verás. No soy un loco, soy un hombre que se ha trazado su recta, que ha seguido su plan.

ALDANA.—¡Explícate!

PEPE.—Muy sencillo. Yo tuve un pequeño amor en mi vida, pequeño, corto. Fué ella, una, es igual. Y un nido lleno de todas las cursilerías que son del caso; flores, pájaros y besos. Total, un año. Murió al darme un hijo. Quedaron todos mis deseos encerrados en aquel montoncito de carne, mía. Unos días después, sólo unos días, en mi casa nacía el hijo del maestro, mientras el mío había nacido en otra parte. Debió ser al revés, pero fué así. La vida los había cambiado de cuna. ¿Y por qué no podía yo hacer lo mismo que la vida y volverlos a cambiar otra vez?

ALDANA.—¡Eh! ¿Hiciste eso?

PEPE.—Claro. Al principio yo no sabía qué hacer. Yo quería estar junto a mi hijo. Pensé abandonar esta mujer y esta casa y ganar la vida para el pequeño... Pero ahora todo había cambiado, ahora me importaban el dinero y el lujo porque eran para él... Y esta casa era tan cómoda y tan buena. ¡Era tan fácil cambiarlos!

ALDANA.—¿Pero es posible? ¿Es posible?

PEPE.—Ya lo ves. Esta mujer, hace un momento, al prohibirle que besara al chico, me preguntó qué quién era yo para prohibirle

eso. Le dije que el padre, y se echó a reír. Sí, sí, se echó a reír. ¿Y quién tenía más motivos de risa: ella o yo? Naturalmente, ella piensa: "¿Pero este pobre hombre cómo podrá querer tanto a esa criatura?" Y es, precisamente, lo mismo que pienso yo: "¿Pero esta pobre mujer para que pierde el tiempo en quererlo, si no es de ella?" Y ella se ríe, y a mí también me parece gracioso... Pero en el fondo, el que ríe más a gusto soy yo.

ALDANA.—No, no... Es demasiado, es cruel...

PEPE,—¿Cruel? ¿Pero ella no trata de engañarme a mí? ¿Por qué va a ser cruel que yo la engañe?

ALDANA.—Es que ella lo quiere como a hijo.

PEPE.—¿Y qué? Mejor. Que lo quiera con toda su alma. Que vuelque su ternura, toda su maternidad equivocadamente, que lo quiera cada vez más, más, para que se hunda cada vez más en el error. Esta es mi idea y mi gran satisfacción: ¡Equivocar su maternidad!

ALDANA.—¡Calla!... Yo te creía un ser débil...

PEPE.—¿Y me encuentras demasiado fuerte, verdad?

ALDANA.—Yo te creía un hombre bueno...

PEPE.—Y soy perverso... Porque ella no se goza en el engaño, y yo sí.

ALDANA.—¿Y el otro? El de ellos..., ¿dónde está?

PEPE.—Lo cuidan unos extraños, yo les mando dinero que no es mío, claro... Dinero que le saco a ella. Le digo que es para lujos y para pequeños vicios y me lo refunfuña..., porque eso es lo que quiero: Que me refunfuñe ese dinero.

ALDANA.—¡Calla! Sí eres malo. Una madre separada de su hijo... Al fin y al cabo, tú estás con el tuyo.

PEPE.—Pues, bien; ¿quieres que lo traiga aquí? ¿Si quiero puedo traerlo?... Con decirle que es un hijo de una aventura mía y que quiero tenerlo aquí, ella tiene que callarse... Sus motivos tiene para callarse.

ALDANA.—Sí. Es tu deber.

PEPE.—Perfectamente. Vendrá. Pero la verdad no la puede saber, porque sino dejarán de querer al mío...

ALDANA.—No importa. Aunque no lo sepa. Con tal que esté a su lado...

PEPE.—Sea.

ALDANA.—¿Y la verdad no la sabrá nunca, nunca?

PEPE.—Si tú quieres... Pasados unos años, cuando los chicos sean ya hombres y no necesiten del cariño de nadie..., entonces, algún día...

ALDANA.—¿Podrá saberlo?

PEPE.—Sea. Pero que lo sepa entonces será todavía peor.

ALDANA.—¿Se lo dirás tú?

PEPE.—Yo..., si yo vivo..., si muero antes, viejo amigo, único amigo... Tú... le contarás esta escena que hemos tenido entre los dos.

ALDANA.—Yo, no...

PEPE.—...Le contarás esta escena que hemos tenido entre los dos. (*Oscuro. Se vuelve a hacer la luz inmediatamente, y están en escena Aldana y Aurelia. Aurelia, vestida de negro, con un traje magnífico. Igual que antes, con el mismo aspecto teatral de siempre. Han pasado ocho años que no se han notado sobre ella.*)

ALDANA.—Señora, yo no se lo hubiera dicho nunca... Comprendí que él tenía razón, que era peor saberlo ahora..., pero a la hora de su muerte me llamó y me hizo jurar que yo le diría la verdad..., y no he tenido más remedio, señora. La verdad es esta.

AURELIA.—(*Espantada.*) El otro..., el otro...

ALDANA.—Sí, señora. Han pasado ocho años, son dos hombres: de los dos, el otro.

AURELIA.—Manolo, no... Manolo, no... Esto es lo que me importa... El mío, no... (*Pausa larguísima.*) ¿Y el otro, cómo es? ¡¡¡Ocho años que he vivido a su lado y no sé cómo es..., no lo he mirado nunca...!!! ¡¡¡Quiero verlo!!! ¡Quiero verlo por primera vez! (*Se dirige muy despacio a un timbre, rígida, y llama.*)

LAURA.—¿Llamaba la señora?

AURELIA.—(*Sin mirar.*) Que venga el señorito.

LAURA.—¿El señorito Manolo?

AURELIA.—(*Igual.*) Manolo, no... Manolo, no..., el otro... (*Sale LAURA. Pausa larga y entre Luis.*)

LUIS.—¿Me llamaba usted?

AURELIA.—(*Mirándolo fijamente.*) Sí...

LUIS.—¿Deseaba usted algo?

AURELIA.—No..., nada...

LUIS.—Entonces... Estaba terminando un dibujo...

AURELIA.—Espera... Déjame que te mire... Tanto tiempo juntos y, sin embargo, tú y yo no hemos tenido nunca un momento de... de simpatía, de cariño... ¿Por qué ha sido esto? Yo..., no te he hecho a ti nada malo..., ni tú a mí... Y sin embargo... (*Con la voz llena de lágrimas.*) Yo te quiero pedir perdón... Yo te pido perdón... ¿Quieres que acabemos amigos? Dime... ¿Quieres... que acabemos amigos tú y yo?

LUIS.—Sí, señora. Siempre lo hemos sido.

AURELIA.—Entonces... ¿Algún día me querrás un poco? ¿Un poco, verdad?...

MANOLO.—(*Entra corriendo.*) ¡Mamá, mamá! ¡Los periódicos, las críticas! ¡Hay qué ver como te ponen! ¡Viva mamá! ¡Mamá joven! ¡Mamá guapa! ¡Mamá ilustre! ¡Los periódicos, leer los periódicos! ¡Fotografías, artículos! ¡Si vale todo lo del mundo tener una mamá así!

AURELIA.—(*Llorando, con un cariño inmenso.*) ¡¡¡Hijo mío!!!

MANOLO.—¿Lloras? ¿Por qué lloras? ¿Es de alegría, verdad?

AURELIA.—¡Sí, hijo; sí! ¡¡De alegría!!

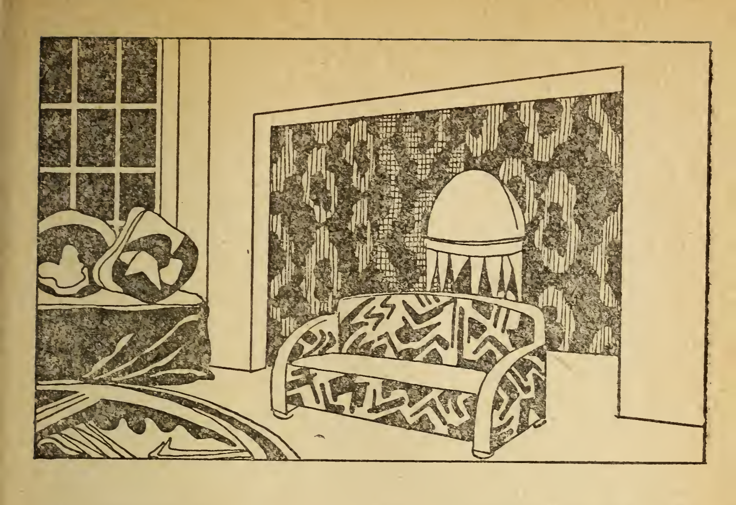
MANOLO.—¡¡Escuchar los periódicos!! ¡¡¡Los lee Manolo!!! ¡¡¡Los lee Manolo!!!

AURELIA.—Manolo no... Manolo no... El otro...

TELON



ACTO SEGUNDO



El mismo decorado. A los quince días; en escena Manolo y Luis.

MANOLO.—¿Qué hay muchacho? ¿Cómo estás?

LUIS.—Perfectamente.

MANOLO.—¿Qué pasa?

LUIS.—No pasa nada.

MANOLO.—¿Triste?

LUIS.—Como siempre.

MANOLO.—Hijo mío, eres la persona más antipática que he visto en mi vida.

LUIS.—Muchas gracias.

MANOLO.—De nada. Vengo de la calle. Hay que ver cómo está la calle. ¡Automóviles, mujeres, movimiento, vida!

LUIS.—Me molestan los automóviles, me molestan las mujeres, me molesta el movimiento.

MANOLO.—Y te molesta la vida. ¿Por qué no te mueres?

LUIS.—Te diré. Para morirse hay que hacerlo con gracia, con alegría..., sobre todo con novedad. Tantos años que lleva muriéndose la gente y nadie se muere originalmente. Morirse de una pulmonía y en la cama es el colmo de la burguesía.

MANOLO.—Tienes el revólver, el gas, el arsénico...

Luis.—¡Bah! Desacreditados por la literatura. Hoy día el que se muere así hace el ridículo.

Manolo.—Entonces no hay solución.

Luis.—Sólo una. Vivir.

Manolo.—Espantoso. ¿Y a morirte de asco no has probado? Es la muerte más inglesa que hay.

Luis.—Soy español y patriota hasta el último instante.

Manolo.—No, querido. No es la muerte la desgracia que a ti te hace falta.

Luis.—¿Otra?

Manolo.—Casarte.

Luis.—Hombre, efectivamente; estoy desesperado, pero no hay que sacar las cosas de quicio...

Manolo.—¿Qué opinas de las mujeres?

Luis.—Detesto la mujer moderna. En cuanto se visten el mismo traje, se depilan igual y van al mismo peluquero, todas parecen la misma. Han llegado a la cara única. Para mí que las producen en serie.

Manolo.—Ya. Tú prefieres la mujer siglo diez y nueve. Opulencia y cantidad.

Luis.—Exacto.

Manolo.—Es decir, lo que yo llamo mujeres de doble carrocería.

Luis.—Mira, contigo no puedo discutir. Somos dos caracteres opuestos.

Manolo.—Gracias a Dios.

Luis.—Yo soy frío, triste, escéptico, cansado, nulo...

Manolo.—Y una birria. ¡Y yo alegre, charlatán, optimista, cariñoso, me llevo la gente detrás y soy el chico más simpático que hay en el mundo! ¿Qué pasa?

Luis.—Que es natural que seamos diferentes.

Manolo.—¿Por qué?

Luis.—Tú en esta casa eres el hijo, eres todo. Yo un intruso, nadie. Tú has empezado a vivir dominando, haciéndote dueño de la vida. Porque podías, naturalmente. Yo, no.

Manolo.—Estás loco.

Luis.—No, hombre, la verdad. Muerto mi padre, ¿qué hago yo aquí? ¿Qué pinto en esta casa? Yo debía marcharme. Tener un arranque y salir a ganarme la vida, pero no me atrevo. Soy un cobarde. Y me quedo aquí a sabiendas de que no tengo vergüenza, pero me quedo.

Manolo.—Vergüenza, ¡y para qué te hace falta!

LUIS.—Hombre, no es un artículo de primera necesidad, desde luego...

MANOLO.—¡Claro que no! Eres tonto de remate. ¿Qué intruso ni qué pamplinas? ¡Que estuviera yo en tu lugar! A mamá le decía que era la actriz más grande que se había visto. Y a todas horas "¡¡qué guapa, y qué espléndida, y qué planta de mujer, y qué presencia teatral!!", y me la conquistaba, no cabe duda. Hay que ser vivo en la vida. ¿Y al maestro? Que no había nadie más que él. Que a su lado Bernard Shaw y Pirandello eran dos autores noveles. Y me hacía el amo. Los hombres y las mujeres, por muy listos y muy altos que estén, todos tienen su cuerda. Pues hay que ser vivos y buscarles la cuerda. Nada más. Y sobre todo ser simpático. ¡Como yo, que valgo un imperio! ¡Manolo es una cosa formidable!

LUIS.—Ya. Tú eres simpático porque la vida ha sido simpática contigo. Si te hubiera tratado mal, ya veríamos.

MANOLO.—¿Y quién te trata mal? Hace unos días que mamá te está tomando cariño. ¿No lo has notado?

LUIS.—Es verdad. ¿Y a qué se debe eso?

MANOLO.—¡Qué sé yo! Mamá es así. Original. Tiene arranques. ¡Hay que ver a mamá! ¡Joven, guapa, espléndida, en la cumbre! ¡¡¡Amigo!!! Con razón es mi madre.

LUIS.—Y ahora le ha dado por quererme. Pero cariño de verdad es el que te tiene a ti el maestro.

MANOLO.—Y yo a él. Lo quiero como a un padre.

LUIS.—¿Cómo a un... padre?

MANOLO.—Mira, Luis, las cosas claras. Somos dos hombrecitos y podemos hablar. Tú lo sabes, como lo sé yo, y como lo sabe todo el mundo. Yo a quien debo querer como padre es al maestro. Desde chiquito me di cuenta porque yo era muy listo. Además que en este ambiente del teatro la ropa limpia se lava en casa, pero la sucia en la Puerta del Sol. Ahora bien; yo no me avergüenzo de mi madre, al contrario. Mi madre ha sido fiel a mi padre durante toda la vida.

LUIS.—Al tuyo, sí.

MANOLO.—Como comprenderás, ¿qué más puede pedir un hijo? Porque yo quiero al maestro con toda mi alma. Pero, chico, no sé qué le pasa estos días. Yo estoy deseando que me abrace como a hijo y poner las cartas boca arriba; como debe ser. Hace quince días creí que ya se me daba, pero luego tuvo una conversación con mamá muy larga, y nada, chico, frío. Desde entonces no se me da.

LUIS.—Desde el mismo día en que tu madre empezó a sentirse cariñosa conmigo.

MANOLO.—Justo.

LUIS.—Es curioso.

MANOLO.—Ahora, que yo me lo conquisto. ¡Faltaba más! ¡A mí, que no se me escapa nadie, se me va a escapar mi padre! Y tú aprovecha la ocasión, no seas tonto y conquístate a mamá, que la tienes a punto para llevártela de calle.

LUIS.—No. ¡Qué diferentes somos, Manolo, qué diferentes! No hay dos muchachos en el mundo que estén más lejos el uno del otro. Y sin embargo nos queremos. Nuestros padres son distintos, no tenemos nada de hermanos, al contrario, debíamos ser medio enemigos..., y, sin embargo, ya ves... El único afecto que tengo en el mundo, el único es el tuyo.

MANOLO.—Es verdad, muchacho, es verdad. (*Abrazándole.*) ¡Lástima que seas tan antipático! Bueno, ¿qué, te mueres o no?

LUIS.—Silencio, que vienen.

(*Entran AURELIA y LUCIANO.*)

AURELIA.—Hola, queridos. Ya estamos de vuelta.

MANOLO.—¿De dónde?

AURELIA.—Del teatro. Hemos suspendido el ensayo. ¿Sabéis la gran noticia?

MANOLO.—¿Qué pasa?

AURELIA.—Esta noche tenemos lectura. Obra nueva del maestro.

MANOLO.—¡Magnífico!

AURELIA.—Estoy encantada. Es maravillosa.

MANOLO.—Eso quiere decir que tendrás un gran papel.

AURELIA.—Toda la noche en escena. Seis momentos culminantes. Tengo que sacar seis trajes.

LUIS.—Será un gran éxito.

AURELIA.—Es obra de actriz y de modisto. Cada traje interpreta un estado de alma. Pero en el último creo que no tienes razón, Luciano. No sé por qué el traje del arrepentimiento ha de ser modesto y casi feo. ¿Por qué una mujer arrepentida no puede presentarse con un magnífico traje de noche? En último caso habrá que suavizar ese arrepentimiento.

LUCIANO.—Lo que tú quieras, Aurelia. ¡Faltaba más!

MANOLO.—¿Y qué tipo? ¿Vampiresa? ¿Mujer fatal?

AURELIA.—Cursilerías, no. Las mujeres fatales han pasado de moda. Hoy día para los hombres, la novia formalita con quien se van a casar..., esa es la única fatal.

MANOLO.—Entonces...

AURELIA.—Tipo nuevo. Mujer de acción. Millonaria, dueña de una Banca. Tiene a sus órdenes un ejército de empleados. Y un día surge el conflicto.

MANOLO.—¿El amor?

AURELIA.—No; la baja del cambio. Y hay un pequeño muchachito que es su hijo sin saberlo.

MANOLO.—¿Y tú vas a hacer de madre?

AURELIA.—Es un momento nada más.

MANOLO.—Lo vas a hacer muy mal, mamá. Tú siempre has hecho mujeres de pasión. Es tu éxito.

AURELIA.—Tengo gusto en hacerlo por primera vez. Quiero ver si puedo interpretar la ternura maternal.

LUIS.—Opino con Manolo. Además tiene un peligro. Como siempre ha hecho mujeres amorosas, la gente va a creer que el muchachito se va a enamorar de usted.

AURELIA.—¡Pero si es mi hijo!

LUIS.—¡Como él no lo sabe!

AURELIA.—No digas eso.

LUIS.—Naturalmente, señora.

AURELIA.—No me llames señora. Manolo y tú sois hermanos. Llámame mamá.

LUIS.—Naturalmente, "mamá".

AURELIA.—¿Y tú crees que yo no puedo sentir esa ternura de madre?

LUIS.—Es difícil. Aunque usted la sienta nadie lo va a creer. El público al verla en escena está acostumbrado a ponerse en plan de novio, en plan de amante..., pero en plan de hijo, no.

AURELIA.—¿Y si tú fueras público?...

LUIS.—Me pasaría lo mismo. Perdóneme usted, "mamá". Yo no tengo la culpa de que sea usted tan guapa, tan atrayente, tan mujer...

AURELIA.—¡No, por Dios! Piropos, no, que están prohibidos.

MANOLO.—Venga usted acá, maestro... Déjelos a ellos... Quiero hablar con usted.

LUCIANO.—¿Qué pasa, muchacho?

MANOLO.—¡Le quiero a usted más! En cambio usted no me quiere ni la mitad. ¿Por qué no es usted castizo a quererme lo mismo? Vamos a ver, ¿por qué se pone usted arisco?

LUCIANO.—¿Pero muchacho, qué dices?

MANOLO.—La verdad. ¡El día que lo coja por mi cuenta le voy a pegar cada abrazo que lo voy a volver loco! ¡Yo que soy tan simpático! ¿Pero no da gusto quererme a mí?

LUCIANO.—Sí, hombre sí... Pero eres un chiquillo y exageras las cosas...

MANOLO.—¿Que exagero? Lo que pasa es que le quiero como un hijo... He dicho como un hijo. ¿Se entera usted bien?

LUCIANO.—Ya, ya.

MANOLO.—¡Maestro! Usted para mí ha sido siempre mi segundo padre... Ahora que ya ha muerto el primero... queda el segundo, ¿verdad?

LUCIANO.—(¡Ay, Dios mío! ¡Este niño se me va a insinuar!)

MANOLO.—Yo tenía dos padres en el escalafón. Uno se ha muerto. Ahora tiene usted que ascender, ¿no comprende?

LUCIANO.—Mira, querido. Tonterías, no. Te quiero como te debo querer y nada más.

MANOLO.—(Nada, que no se me da. Pues ya lo veremos.) Con permiso, mamá, te robo al maestro un momento.

LUCIANO.—¿Pero qué quieres?

MANOLO.—¡Usted, déjeme a mí! Tenemos qu charlar un rato. Como dos buenos amigos. Como padre e hijo...

LUCIANO.—(Se me insinúa, se me insinúa.)

MANOLO.—Venga, maestro. (*Se lo lleva.*)

AURELIA.—(*Lo mira, se acerca a él, titubea un instante y por fin se decide.*) Escúchame, Luis. Hace un momento, al suspender el ensayo, el automóvil del maestro nos trajo por todas las calles más céntricas. ¡Había una animación, un bullicio de gente!... Sin embargo el auto nos tenía como acorazados, como aislados en la multitud. Cerré los ojos y pensé. Dime, ¿tú no crees que de pronto se puede sentir una ternura desconocida, algo fuerte, nuevo, como una revelación?

LUIS.—¡Ay, mamá! Usted debe estar todavía en el automóvil.

AURELIA.—Contesta.

LUIS.—Ya comprendo. Ternura hacia mí.

AURELIA.—¿Lo has notado?

LUIS.—Inmediatamente. En cuanto usted se acercó me di cuenta.

AURELIA.—¿Cuenta..., de qué?

LUIS.—De que está usted ensayando conmigo a ver si le sale bien. Claro que es la obra del maestro, pero no hay que preocuparse tanto. Ya saldrá la escena; usted tiene talento.

AURELIA.—¡Ensayando! En ese caso podía ensayar con mi hijo mejor que contigo.

LUIS.—Al contrario. Con Manolo no tendría mérito. Demostrar cariño a quien en realidad se le tiene..., eso no es la actriz.

Hay que demostrárselo a cualquiera, al actor que lo va a hacer, o a mí, por ejemplo... Fingir, esa es la cuestión.

AURELIA.—¡Fingir!

LUIS.—Naturalmente. El nervio del oficio. ¿Tengo razón o no?

AURELIA.—Tienes razón... Y finjo bien, ¿verdad?

LUIS.—A veces maravillosamente.

AURELIA.—¿Tú casi has llegado a creer que sentía ese cariño por ti?

LUIS.—Le diré. Lo noté hace quince días; al principio me extrañó. Desde luego, comprendí que era mentira, claro. Pero no me explicaba el motivo. Ahora sí. Estábamos ensayando. ¡Hay que ver lo que puede el teatro!

AURELIA.—Ya ves... ¡A veces llega hasta nuestras propias vidas!

LUIS.—Bueno, pero venga esa escena.

AURELIA.—¿Cuál?

LUIS.—La que empezamos hace un momento. Usted llega, se acerca, me mira, y dice: "Hijo mío". Venga.

AURELIA.—Yo llego, me acerco,, te miro... (*Pausa.*)

LUIS.—Ahora. (*Apuntándole muy bajito.*) "Hijo mío".

AURELIA.—(*No puede hablar. Una expresión muda llena de lágrimas. Luego dice maquinalmente como repitiendo su lección.*) "Hijo mío".

LUIS.—Muy mal, muy mal. Esa frase no le sale. Querida mamá, la ha dicho sin calor, sin vida ninguna. Ha dicho usted "Hijo mío" como ha podido decir "Mañana va a llover". Así, no. No hay emoción ni hay nada.

AURELIA.—(*Medio riendo infantilmente.*) ¿Ves? No sé, no sé..., lo hago muy mal, yo lo comprendo... ¿Verdad que lo hago muy mal? ¿Verdad que se ve que no lo siento?

LUIS.—¡Ah, desde luego! ¡Se ve a la legua!

AURELIA.—(*Riendo francamente.*) Tienes razón, tienes razón...

LUIS.—¿De qué se ríe?

AURELIA.—¡Es curioso! ¡Yo, acostumbrada a fingir toda la vida! ¡¡La actriz!! Yo, que sé expresar con todos los matices sentimientos que no tengo..., y ahora... ¡¡¡Ahora!!!... Ya ves, no sé.... No acierto...

LUIS.—No se preocupe, mamá. Ya saldrá todo. Lo que pasa es que usted nunca ha hecho de madre. Y esos papeles no le van. Pero en cambio ponga usted aquella escenita de la mujer formidable que se conquista a aquel muchachito de diez y ocho años. ¿A que eso le sale estupendamente? ¡Amigo!, ¡la costumbre!...

AURELIA.—¡Hijo, por Dios! No digas la costumbre.

LUIS.—¿Y qué culpa tiene usted? La culpa es de las obras, naturalmente, pero es la verdad. De todas las primeras actrices, usted... "especializada en menores".

AURELIA.—Exageras.

LUIS.—La pura verdad. A usted la pueden ver los maridos, los padres, pero los jovencitos no. El año que hace temporada de dos meses creo que se nota en Santa Rita. Y se dan cuenta en seguida, sobre todo cuando se mueve un poco el repertorio.

AURELIA.—¡Cualquiera que te oyera!

LUIS.—¡A ver! Venga esa escena. Yo soy el muchachito, por ejemplo.

AURELIA.—Contigo me va a salir muy mal.

LUIS.—¿A que no? Entro. Buenas tardes, señora.

AURELIA.—(*Riendo.*) ¿Quién es usted?

LUIS.—Un hombre.

AURELIA.—¿Ya?

LUIS.—Señora, he visto tantas vampiresas en el cine que ahora, al ver una de verdad, estoy cortado.

AURELIA.—Calma, jovencito. Acérquese. ¿No ha observado usted que hay un sitio vacío a mi lado?

LUIS.—¡Soy tan poco observador!

AURELIA.—Observe, observe.

LUIS.—Y entonces me siento en la puntita del asiento.

AURELIA.—Se va usted a caer.

LUIS.—(*Acomodándose.*) Y ahora me mira usted a los ojos intensamente.

AURELIA.—No me va a salir.

LUIS.—Pruebe.

AURELIA.—(*Muy dulcemente, con gran ternura.*) ¡Luis!... tienes los ojos verdes... Verde de mar... ¡Quién iba a decirme hace quince días que iba a cogerte la cabeza entre las manos para mirártelos así!... ¡Chiquillo mío!

LUIS.—¡Huy! ¡Esto va muy de prisa!

AURELIA.—¿Me permites que te bese?

LUIS.—¡¡Encantado!! ¿En la frente? Pues ha matado usted la escena.

AURELIA.—¿Y qué querías?

LUIS.—Más vida, más realidad... Comprendo que lo de madre no salga, pero esto sí. Al fin y al cabo yo soy un muchachito joven y usted la mujer espléndida, interesante, sugestiva...

AURELIA.—(*Levantándose helada.*) ¡Luis!...

LUIS.—¿Qué pasa? Es un cumplido. ¡Como hace un instante lo

hizo usted tan bien! Al cogerme la cabeza la vi temblar. Cualquiera hubiera creído que era verdad que estaba usted interesada por mí.

AURELIA.—¡¡Dios mío!!

LUIS.—¿Pero qué es eso? ¿Se siente usted mal?

AURELIA.—(*Rompiendo a reír alocadamente.*) ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Escena, escena! ¡Teatro, teatro! Soy la actriz, ¿no comprendes? ¿He logrado engañarte y has creído que temblaba de veras, que temblaba cuando te cogía la cabeza? ¿A ti?... ¡Pero, hombre, por Dios, qué poca práctica tienes? ¡No sabes distinguir la escena de la vida, la farsa de la realidad! No creas nunca una palabra de lo que te diga; todos mis sentimientos son mentira... ¡Escena, escena!... ¡La actriz!... ¡¡Si ahora me oyes reír no creas tampoco en la risa; pero, sobre todo, si me ves llorar no creas nunca en las lágrimas!!... ¿Lo oyes, querido? ¡¡No creas nunca en las lágrimas!! (*Y acaba con un sollozo.*)

LUIS.—¿Qué? (*Transición.*) ¡Sí...; voy a creer ahora después de habérmelo avisado!

LUCIANO.—(*Llamando desde dentro.*) ¡Luis! ¡Luis!...

LUIS.—¡En seguida, maestro!

LUCIANO.—(*Saliendo.*) Mira, haz el favor de ir un rato con Manolo, ¿quieres? Hazle compañía; háblale de lo que sea, pero el caso es que me deje tranquilo un momento, ¿comprendes?

LUIS.—Perfectamente, maestro. Pierda cuidado. (*Mutis.*)

LUCIANO.—¡Hija mía, es horrible! ¡Ese chico no me deja ni a sol ni a sombra! ¡Le ha dado por quererme! ¡Como está al tanto y se cree que soy su padre, pues me tiene frito! ¡Y te advierto que paso unos ratos muy malos, porque a veces se me insinúa de una manera que estoy viendo que un día se me declara!

AURELIA.—No, no, por Dios...; eso, no. Resístelo.

LUCIANO.—Sí, resístelo, resístelo... ¡Si me tiene acorralado! Y, claro, como yo lo quería y el chico es simpático y es cariñoso, pues me pone en unos aprietos que le voy a tener que decir que sí.

AURELIA.—¡Estás loco! ¿Cómo le vas a decir que sí si no es tu hijo?

LUCIANO.—Bueno, pues decirle que no, pero decirle algo. Me explica que ya he subido en el escalafón; me echo a reír, me abraza, y yo, ¿qué hago?

AURELIA.—No, Luciano, no. Manolo no debe saber nunca la verdad. Lo quiero con toda mi alma y quiero ahorrarle esta tremenda desilusión que yo he sufrido. El debe creerse siempre "hi hijo".

LUCIANO.—Nuestro hijo, querrás decir. Y a ti te va bien con eso, pero lo que es a mí...

AURELIA.—Contigo es diferente. Aunque piense que eres el padre no habéis hablado de ello nunca. La mentira no ha tomado cuerpo. No hay necesidad de que ahora lo tome; tú debes cortar eso.

LUCIANO.—¿Y tú, no?

AURELIA.—Yo, no. ¿Cómo voy yo a cortar veinte años de mentira? Lo que hemos vivido siempre y lo que ha llenado nuestras vidas ya no lo podemos destruir jamás. La costumbre, y mucho más la costumbre de nuestros sentimientos; esa es la única verdad. Querer al otro, sí, *porque sé* que es mío. ¿Pero dejar de querer a Manolo? ¡Ah, no; eso, nunca; eso, nunca! (*Pausa.*)

LUCIANO.—Tienes razón. Y el otro, el nuestro, es tan rígido, tan frío...

AURELIA.—¡Si tú supieras!

LUCIANO.—¿Qué pasa?

AURELIA.—¡Es horrible, Luciano! Lo quiero conquistar, lo busco a todas horas y él no ve a la madre... Dice que en el teatro siempre conquisto a un muchachito... Que estoy especializada en menores..., y cree que mi ansia por buscarle es coquetería mía para llevar lo mismo a la vida! ¡Y con él! ¡Qué horror!

LUCIANO.—¿Ves? ¡Ah, no, no! ¡Inmediatamente hay que decir la verdad, la verdad!

AURELIA.—Pero yo quería que antes de saberlo nos uniera algo de afecto, de cariño, para luego decirle "eres mi hijo". Pero decírselo así, fríamente, sin que nada nos una... Sabiendo que no me quiere, que nunca ha tenido una palabra de bondad para mí...

LUCIANO.—Ni tú para él.

AURELIA.—Es cierto. ¡No! ¡¡Así, no; así, no!!

LUCIANO.—Pues entonces no hay más que un medio. El no ve en ti a la madre; no ve más que una mujer. Pues bien, que esa mujer pertenezca plenamente a otro hombre, a otro hombre que la defienda con su cariño y con su honor... A la vista de todos, totalmente, legítimamente... ¿Aceptas, Aurelia?

AURELIA.—¡Luciano!

LUCIANO.—Contesta.

AURELIA.—Sí.

LUCIANO.—¡Por fin, Aurelia querida! Toda la vida hemos vivido nuestro amor. Amor verdadero, grande y único. Ya ha llegado nuestra hora. Ya no hay obstáculos. Y sin embargo en medio de esta alegría hay una pena honda, amarga.

AURELIA.—¿Por qué, Luciano? ¿Cuál?

LUCIANO.—Si me aceptas ahora como esposo es para que te de-

fienda de tu hijo, del nuestro. No es por mí. Es la vida la que nos une.

AURELIA.—No digas eso. Yo te he querido siempre como te quiero ahora. Ahora, ¿lo oyes?

LUCIANO.—¿Con la misma ilusión de entonces?

AURELIA.—¡¡Con la misma!!

LUCIANO.—Entonces, ¿nos casamos?

AURELIA.—¡¡Nos casamos!!

LUCIANO.—¿Me permites que te bese?

AURELIA.—No.

LUCIANO.—Mujer, ahora es cuando puedo besarte con mayor derecho.

AURELIA.—Pues ahora, no. Perdona. Ahora, no.

TRISTANA.—(*Entrando.*) Buenas tardes, señores.

LUCIANO.—¡Hora, Tristana! ¿Qué hay?

TRISTANA.—Vengo sofocadísima. Acabo de tener un disgusto con Paulina. Veníamos juntas y al entrar me ha soltado una ingenuidad.

PAULINA.—(*Entrando.*) ¡Por Dios, Tristana de mi vida, si somos como dos hermanas!...

LUCIANO.—Un instante, señoras. Esta noche leo nueva comedia. Si se pelean no hay papeles.

TRISTANA.—¡Ay, maestro! ¡No diga eso; usted será mi salvación! Yo debía estar en la cumbre del arte, en la picota...; ¿por qué no me pone usted en la picota?

PAULINA.—Ahí debías estar tú.

TRISTANA.—¿Ven? Ya ha soltado otra ingenuidad. ¡Qué delicia de niña, qué candor! ¡Pero qué alma de colegiala!

PAULINA.—No la hagan caso. ¿Y qué me ha escrito, maestro? Dígame usted qué papel.

LUCIANO.—Un ángel que pasa por escena.

PAULINA.—¡Ay, esa es mi cuerda!

TRISTANA.—(¡Angelito!)

LUCIANO.—Pero un ángel civilizado, siglo XX, que se lleva a los hombres detrás...

TRISTANA.—Lo mismo, lo mismo que haces tú en el teatro con los tramoyistas. Te advierto, Aurelia, que es un escándalo. Desde que los tramoyistas se han dado cuenta de que ésta es ingenua no hay nada a derechas. Te ponen los decorados como les da la gana. Yo en escena no me puedo apoyar en nada, porque sé que me caigo. A lo mejor cree una hacer mutis por una puerta y resulta que se ha tirado por un balcón...

AURELIA.—Bueno, bueno...

PAULINA.—Maestro, y ese ángel, ¿cómo lo visto? ¿Acercándome todo lo que pueda a los del cielo?

LUCIANO.—No, hijita, no... Estamos en la tierra.

PAULINA.—¡Pero, maestro, por Dios!... Ese matiz angelical habrá que demostrarle en el traje... Yo le advierto que, por mí, lo demuestro.

TRISTANA.—Ya, ya. Por ti lo demuestras todo...

PAULINA.—Sí, señor, por el arte. No hay que tener prejuicios. La pureza de la línea, la estilización... Es el camino que lleva a la meta.

TRISTANA.—Si a la meta le llaman la comisaría, lleva, desde luego.

AURELIA.—Un momento, queridas. Tenemos algo más importante de que hablar. Una noticia que vamos a daros. Supongo que os interesará muchísimo, y estoy segura que os producirá una gran sensación, verdad Luciano?

LAS DOS.—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

TRISTANA.—Por Dios, no me piques la curiosidad, Aurelia, que cada día estoy más curiosa.

PAULINA.—¿Qué sucede?

AURELIA.—Que el maestro y yo estamos enamorados, unidos por un amor de toda la vida... No, no os hagáis las tontas, esto la sabíais desde nacer... No es esa la noticia. La noticia es que vamos a legitimar nuestro cariño. Nos casamos.

TRISTANA.—¡Aurelia de mi vida! ¡Ay, qué alegría! ¿Cómo podíamos suponer esto? ¡¡Ay, qué emoción!! No, no me digas nada... ¡Si yo para ti soy como una madre!... ¡Abrázame, hija mía! ¡Dame un abrazo más fuerte que cuando tienes un éxito! ¡El matrimonio! ¡Eso sí que es éxito que se representa durante años seguidos! ¡¡Aurelia, hija de mi alma!! ¡¡Qué emoción!! (Oye, ahora que vas a ser la esposa tú impondrás que me den papeles... Y el de ángel para esta niña, ya hablaremos tú y yo...)

PAULINA.—Felicidades, Aurelia, felicidades...

AURELIA.—Ahora bien. La noticia es secreta. De modo que no se lo digáis a nadie. Confío en vosotras.

TRISTANA.—Por mi parte, una tumba.

PAULINA.—Y yo otra.

LUCIANO.—¿Por qué dices eso? Si es mejor que ya lo sepan...

AURELIA.—Naturalmente. Pero así lo cuentan más rápido.

LUCIANO.—Tienes razón.

AURELIA.—Y ahora es preciso pensar en los detalles. Después de

tu lectura obsequiaremos a los amigos con un lunch... Un pequeño lunch, claro, para que no sospechen... Telefonearemos a Tournié... Tostadas a la americana, carne fiambre, chocolate granizado... y algo ruso... ¿No te parece, Luciano?... Algo ruso...

LUCIANO.—Sí, da carácter...

TRISTANA.—¡Qué emoción, qué emoción! (No te olvides de fresas para mí.) ¡Qué felices van a ser! ¡Y bien que se lo merecen! No quiero pensar en la noche de bodas. A mí las noches de bodas me ponen nerviosísima. Recuerdo la de mi Pepe. Mi Pepe fué mi primer marido. ¡Qué distinta de la de mi Joaquín! Mi Joaquín también fué mi primer marido.

PAULINA.—¿Cómo también?

TRISTANA.—Tú no entiendes estas cosas...

AURELIA.—Bien; ayúdame a hacer el pedido, Luciano. Y ya lo sabéis. La noticia es secreta. Cuando llegue el momento emplearemos la radio.

TRISTANA.—O me llamáis a mí y me pongo en acción.

PAULINA.—¡Ya lo creo! ¡A radio no hay quien te gane!

TRISTANA.—¡Niña!

AURELIA.—Vamos, Luciano. Además tenemos que dar la noticia a nuestros muchachos.

LUCIANO.—¿Nuestros? No hay más que uno...

AURELIA.—No, los dos. (*Mutis.*)

TRISTANA.—¿Yo radio? (*Furiosísima.*)

PAULINA.—¡Tú radio! (*Idem.*)

TRISTANA.—¡¡¡Eso, esto es el colmo!!! (*De repente, natural.*) Bueno, calma, ya se han ido.

PAULINA.—(*Naturalísima.*) ¡Mira que tener que estar siempre así... tan buenas amigas como tú y yo!...

TRISTANA.—Hija mía, ¡qué le vamos a hacer!... Nuestra obligación es pelearnos. En tiempo tenía un papagayo. Ahora nos tiene a nosotras. Y te advierto que el día que dejemos de armar gresca nos ponen en la calle.

PAULINA.—Ya, ya.

TRISTANA.—Pero ven acá, querida mía, siéntate. Vamos a criticar un poco... ¿Qué te parece esto, di, qué te parece?

PAULINA.—Que no tienen vergüenza; van a dar la campanada.

TRISTANA.—Lo mismo digo yo. Casarse a estas alturas es una falta de respeto.

PAULINA.—El se casa por los millones de ella.

TRISTANA.—Y ella para tener un puesto en la literatura. Natu-

ralmente, la que se case con el maestro tiene un puesto en la literatura española. De autora consorte.

PAULINA.—¡Y habrá que ver la boda! Irán todas las compañías, los empresarios... ¡La de contratos que van a salir!

TRISTANA.—Y lo que vamos a comer, hija mía, que en todo hay que pensar. Pero no perdamos el tiempo; hay que explotar la noticia, que nos han dado la exclusiva. Si somos las primeras en darla subimos de categoría.

PAULINA.—Pero, mujer, si la ha dicho en secreto.

TRISTANA.—Por eso mismo, para que la demos más rápido. ¡Si la conozco desde que ha nacido!... ¡A mí me va a engañar!

PAULINA.—Y dime..., ¿qué dirá ese hijo?

TRISTANA.—¿El hijo? ¡Ay, Paulina, no quiero que se me vaya la lengua! Estas cosas son muy delicadas.

PAULINA.—¿Qué sucede?

TRISTANA.—No me tientes, Paulina, no me tientes.

PAULINA.—¡Tristana, por Dios!... Tú sabes que todo lo que se refiere al hijo me interesa por mi cuenta y razón. Y que le estoy haciendo cara al chico porque me conviene, que hay que unir lazos...

TRISTANA.—Pues te estás cayendo de prima.

PAULINA.—¿Por qué?

TRISTANA.—No puedo decirte más.

PAULINA.—¡Ay, Tristana, me pones nerviosa! ¿Eres buena amiga o no?

TRISTANA.—Del alma. Bueno, mira, allá va, porque tengo unas ganas de decírtelo que me muero. Les he oído el secreto. A los chicos les han dado cambiazo. El de ellos no es el de ellos, es el otro

PAULINA.—¿Qué dices?

TRISTANA.—La verdad; y no lo han sabido hasta hace quince días.

PAULINA.—¡Ay, Dios mío! ¡Y yo que le estaba haciendo cara al Manolo!

TRISTANA.—Pues ya puedes hacer un viraje en tus sentimientos.

PAULINA.—Inmediatamente. ¡Si ya decía yo que el que me interesaba era el otro!

TRISTANA.—Lo creo. En eso de los virajes tienes mucha experiencia. ¡Viras en redondo con una facilidad!

PAULINA.—¡Quién lo iba a decir, Dios mío!

TRISTANA.—Pero ten cuidado, por lo que más quieras; nos jugamos el puesto. ¡Mira que le tengo un miedo al "Se dice"! Que los del "Se dice" las cazan al vuelo.

PAULINA.—¡Ah, no! Está tranquila. Yo, por hablar, no me pierdo.

TRISTANA.—Ni yo, bien lo sabe Dios.

PAULINA.—Pero me dejas pasmada. Cuéntame cómo ha sido.

TRISTANA.—Un drama, hija. Al muerto, que lo creíamos un calzonazos y nos ha dado el pego. ¿Nos reíamos porque quería al chico? ¡Pues ya ves si podía quererlo, porque era el suyo!... Nos engañaba a todos. ¡Qué escándalo, hija! ¡No se puede uno fiar de la gente!

PAULINA.—¿Y cómo se ha sabido después de muerto?

TRISTANA.—Por el amigote aquel, que ha venido con el cotorreo.

PAULINA.—¡Señor! La gente si no cotorrea se muere.

TRISTANA.—Ya ves como desde aquel momento el tal amigote no ha vuelto por esta casa. Soltó la píldora y se fué.

PAULINA.—Sí, hija, sí. En este mundo quien tiene una píldora la suelta. Yo no lo hubiera dicho nunca.

TRISTANA.—Ni yo.

PAULINA.—Silencio, que vienen.

TRISTANA.—¡¡¡A mí me dices eso!!!

PAULINA.—(*Idem.*) ¡A ti te digo eso! ¿Pero qué te has creído?

TRISTANA.—¡¡A mí ingenuidades, no!! (*Transición natural.*) ¡Anda, si son los chicos!

(*Entran MANOLO y LUIS.*)

LUIS.—¿Vosotras aquí? ¿Cómo estáis?

MANOLO.—Hola, muchachas, ¿qué tal?

TRISTANA.—Cuidado, niño, bromas, no; a mí lo de muchacha no me va. Soy una mujer hecha.

MANOLO.—Madura.

TRISTANA.—Y tú verde.

MANOLO.—Haz el favor de no perderme el respeto. Soy el hijo de mi madre.

TRISTANA.—(¡Qué más quisieras!)

MANOLO.—¿Qué tal, Paulina? Hoy más guapa que ayer. Siempre traes los ojos del color del traje. Ayer los traías azul plomo. Hoy, color de chocolate. ¡Con lo que a mí me gusta a media tarde!

PAULINA.—Mira, Manolo, ya es mucha simpatía, ¿sabes? Tienes una simpatía barata, de todo a sesenta y cinco, que ya empalaga. (*Muy cariñosa.*) Hola, Luisito..., ¿qué tal, hombre? ¿Por qué tan callado?

TRISTANA.—(¡Jesús qué viraje! En redondo. Esta niña tiene condiciones de político español.)

PAULINA.—¿Por qué no vas nunca por mi camerino? Voy a dar pequeñas reuniones de niños soñadores. Algunos al crecer siguen

siendo niños: son los poetas; otros llegan a hombres: son los tenderos. ¡Y tú harías un poeta tan interesante!

MANOLO.—¿Pero qué significa esto?

TRISTANA.—(¡Ay, Dios mío! Si no les echo una mano se arma.)

PAULINA.—Luisito...

TRISTANA.—Querida Paulina; te olvidas que tenemos que dar la noticia. ¡La gran noticia! Hay que echarse en manos de mamá publicidad.

PAULINA.—Es cierto.

LUIS.—¿De qué se trata?

TRISTANA.—¡Ay, hijo! A vosotros que os lo digan ellos. Yo soy una mujer muy discreta,

PAULINA.—Y yo.

TRISTANA.—Vámonos, hija, Adiós, Manolo. Adiós, Luisito. Estás muy crecido y muy guapo. Hasta ahora no me había fijado en ti. Tienes la misma, la misma cara de tu padre. ¿Verdad que tiene la misma?

PAULINA.—¡La misma!

TRISTANA.—Ahora lo que hace falta es que saques su talento.

LUIS.—¿Pero qué dicen ustedes?

TRISTANA.—¡Ah!, ¿nosotras? No hemos dicho nada. ¿Verdad que no? ¡Si somos discretísimas! (Mira, vámonos, no sea que metamos la pata...) No, no, por Dios; no os molestéis... ¡Faltaba más!... Somos de confianza...

LAS DOS.—(*Al mismo tiempo y cariñosísimas.*) ¡Adiós, Luisito! ¡Adios, Luisito!... (*Mutis.*)

LUIS.—¡Pues, señor! ¿Por qué les habrá entrado este cariño por mí? ¿Tú te lo explicas?

MANOLO.—Yo, no. Pero no tiene gracia. (*Muy serio.*) Paulina es mi novia, ¿oyes? Y a mí no me deja plantado.

LUIS.—Bueno, hombre, bueno... Y esa noticia, ¿qué será?

MANOLO.—No sé.

LUIS.—Han dicho una gran noticia.

MANOLO.—Ahora veremos. Aquí vienen mamá y el maestro.

(*Pausa larga. Entran los dos.*)

AURELIA.—Ya se han marchado, ¿verdad? Me alegro. Estas mujeres antes me divertían; ahora me cansan. Sobre todo Paulina. Desde aquella vez que estuve indispuesta y me sustituyó está terrible. Dió la casualidad que en mi papel le tocaba enamorar a un hombre jovencito, y desde entonces tiene la cabeza llena de pájaros. Además, se viste de un modo lamentable. Lleva siempre trajes de mujeres que engañan a sus maridos, y esto es una vulgaridad.

Hay que ser más original. Ya le ha dicho a mi modisto que en esta temporada se van a llevar mucho los trajes decentes. Y se llevarán, ya lo veréis.

MANOLO.—Lo creo. La moda lo puede todo.

LUCIANO.—¡Ah, la moda! Como decía mi ilustre antecesor, aquel escritor robusto...

AURELIA.—Por Dios, Luciano... Robustos, no. Escritores robustos son aquellos que han sufrido una tremenda equivocación al no hacerse mozos de cuerda.

LUIS.—Un momento..., mamá. ¿No teníais que darnos una noticia?

AURELIA.—¿Quién te lo ha dicho?

LUIS.—Ellas.

AURELIA.—Es verdad. Pues no sé cómo empezar. Es curioso. No encuentro las palabras que me gusten... ¡Ah, no, no! Las palabras son tan importantes como una buena toilete: todo depende de ellas... Dime, Luciano, si tú tuvieras que llevar esta situación al teatro, ¿cómo la enfocarías?

LUCIANO.—Modernamente, frívolamente... Como se deben tratar las cosas intensas...

AURELIA.—Tienes razón. (*De repente.*) Manolo, ¿cómo me encuentras?

MANOLO.—Muy bien, mamá. Tienes muy buena cara.

AURELIA.—No digo eso. De vista, de presentación..., ¿cómo estoy?

MANOLO.—Admirable. De presentación estás admirable. Sobre todo tienes un primer acto de verdadero lujo.

AURELIA.—¿A qué le llamas el primer acto?

MANOLO.—A la "exposición del asunto"...

AURELIA.—Gracias, querido. ¿Qué opinas, tú, Luis?

LUIS.—Lo mismo.

AURELIA.—¡Y bien! ¿Vosotros creéis que una mujer en mis condiciones tiene derecho a gozar de las sugestiones de la vida?... El amor, por ejemplo...

MANOLO.—Naturalmente, mamá. Tú eres como otra hermana nuestra... Una hermana guapa a la que hay que cuidar.

AURELIA.—Sí, querido... Pero hay que cuidarla mucho... Vuestra hermana está en un momento difícil, en un momento débil... Está propicia a decir que sí a todo y a todo el mundo... Tiene el corazón como una bolsa muy grande llena de "síes". Y esto es muy peligroso. Sobre todo, no la debéis dejar sola... No la dejéis sola nunca... Ahora la dejasteis hace un momento y ya la vencieron...

Le acaban de hacer una escena de amor... Y ella, tan débil, tan tonta, abrió la bolsa y soltó uno...

MANOLO.—¿Eh? ¿Pero qué dices, hermanita, qué dices?

LUCIANO.—No os asustéis. Ese "sí" no tiene valor si no lo aceptáis vosotros. Señores: os pido la mano de Aurelia.

MANOLO.—¡¡Maestro!! (*Loco de alegría.*) ¿Pero es verdad? ¿Se casa usted con mi madre? ¿Pero es cierto eso? ¡Dios mío, qué alegría! ¡Naturalmente que se casa! ¡Si usted es el hombre más listo que hay en el mundo! ¡Usted es un talento! ¡Si todo lo que se le ocurre es genial! ¡Ni Bernard Shaw, ni Pirandello, ni nadie! ¡Usted es el único! ¡Viva usted! ¡Viva el maestro! ¡No, no, qué disparate; maestro, no. Ya no eres el maestro. Ahora te hablo de tú. Como te casas con mi madre vas a ser mi padre... ¿Te enteras bien? ¡Y me da la gana de hablarte de tú! ¿Pero qué haces ahí que no me abrazas, dime? ¡Si te voy a coger y no te voy a soltar! ¡Porque ahora te fastidias, que puedo llamarte padre! ¡Me voy a hartar de llamártelo a todas horas! ¡Y me voy a desquitar, porque te voy a dar una lata formidable! ¡Padre!, ¿lo oyes? Así, así: ¡¡¡Padre!!!

LUCIANO.—(*Abrazándole.*) Ahora, sí, hijo. Ahora, sí.

MANOLO.—¡Venga acá, hermanita guapa! ¡Un abrazo! Consiento que te cases con éste. A éste ya lo arreglaremos tú y yo...

AURELIA.—No seas loco, Manolo; no seas loco...

MANOLO.—¡Qué alegría! (*Va a abrazarla otra vez.*)

AURELIA.—(*Conteniéndole.*) Espera... Y tú, Luis..., ¿qué dices?...

LUIS.—¿Yo?... Felicidades, naturalmente.

AURELIA.—¿Nada más?

LUIS.—(*Bajando la cabeza.*) No, señora; nada más.

AURELIA.—Señora, no...

LUIS.—Perdón. Me he equivocado. (*Sin mirarla.*)

AURELIA.—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así? ¿No ves la alegría de Manolo?

MANOLO.—Déjalo, mamá... Si este tío es un antipático.

AURELIA.—Calla. Di...

LUIS.—Manolo es diferente, señora. Es natural que se alegre. Él, en este momento, ha pensado en sus padres. En la alegría de tenerlos juntos y felices. Pues yo también, sin quererlo..., he pensando en los míos...

AURELIA.—¿En tus padres? ¿Dices en tus padres, Luis?...

MANOLO.—¿Pero quién hace caso a esa birria?

LUCIANO.—¡¡Silencio!!

LUIS.—Perdonen ustedes. Yo no tengo derecho a decir nada, lo sé... Yo estoy en esta casa de prestado... No soy ni significo nada...

Si continúo aquí después de la muerte de mi padre es... porque ustedes han sido amables, nada más. Sí... Ustedes un poco amables y yo un poco cobarde... Pero ahora, al ver esa alegría de Manolo, me ha dado vergüenza de mí... Me ha humillado. Porque con esa alegría él se demuestra hijo, *honra* a sus padre... Y yo no quisiera ser menos... Yo quisiera también *honrar* de algún modo a los míos... Y sólo hay un modo digno, decente, de hombre y de hijo—sobre todo de hijo—: marcharme.

AURELIA.—¡¡¡Luis!!!

LUIS.—Perdón, señora. Perdóneme usted también, maestro. Ustedes se casan y yo me voy a la vida. Es la primera vez que siento un gesto valiente. Y es por ellos. Por mis muertos queridos. Si ellos me escucharan ahora estoy seguro que me aplaudirían,

LUCIANO.—(*Avanza hacia él.*) ¡¡¡Si ellos te escucharan ahora estarían orgullosos de ti!!!

AURELIA.—(*En un arranque lleno de lágrimas, casi en un grito.*) ¡¡Sí, hijo, sí!! ¡¡Vete!!

LUCIANO.—(*Emocionado.*) ¿Qué dices, Aurelia?

MANOLO.—¡Pues, señor! ¡Este niño nos va a dar el día!

AURELIA.—No, no; perdona... No me hagas caso... Escúchame, Luis. Tú no te vas. Tú no puedes irte, y eres un chiquillo sin reflexión. Y, como chiquillo, me vas a obedecer, ¿lo oyes? Estoy dispuesta a todo. Escucha: tú tienes una gran devoción por la memoria de tu madre, ¿verdad?

LUIS.—Sí, señora. A mi madre, pura y santa, le rezo como a la Virgen del cielo. Todos tenemos nuestros ideales. El mío es ella.

AURELIA.—Los ideales no sirven para nada, hijo mío. ¡Están tan lejos siempre!

LUIS.—Pues ese ideal es lo único puro que hay en mi vida. Si yo lo perdiese habría perdido todo.

AURELIA.—¿Todo?

LUIS.—Sí, señora, todo.

AURELIA.—(*Sin atreverse ya.*) Pues bien; para obedecerme vas a pensar por un momento que yo soy ella.

LUIS.—¡No, señora! ¡¡Eso no!! (*Dándose cuenta de su arrebato.*) Perdón.

AURELIA.—(*Que se iba a echar a llorar, pero rompe a reír.*) ¡De nada, hijo, de nada! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué poca imaginación tenéis! ¡Parece mentira que hayáis nacido en el teatro! Nosotros, la gente de teatro, acostumbrada a fingir, a imaginarse lo imposible... Y ahora no sabes fingir ni siquiera por galantería... Te pido un poco de imaginación, un poco nada más... Si tú tuvie-

ras ese poquito de imaginación que hace falta te pondrías en el caso de Manolo, como si el hijo fueras tú... Un minuto sólo, en seguida lo olvidabas... Pero en ese minuto lo comprendías y ya no pensabas en irte.

LUIS.—¡Imaginación! Gente de teatro... Siempre el teatro. Hasta en los momentos más serios de nuestra vida no podemos pasar sin él.

AURELIA.—Naturalmente, naturalmente. Como que lo llevamos en la sangre ¡Ah, querido, el teatro! (*Riendo.*) Si yo hubiera sabido esto te hubiera preparado una escenita. Al terminar esa frase tuya "me marcho". Por la memoria de mis padres debo "marcharme", en ese momento hacía entrada el actor de carácter. Verás. Entraba el pobre Martínez, gordo, melodramático, con esa voz campanuda de juicio final... "Señores: en la vida de ustedes hay un secreto". Y nos soltaba en seguida una historia que le habíamos hecho aprender muy bien. Una historia digna de su voz. "Señores: los niños fueron cambiados en sus cunas; la vida tiene venganzas como ésta. Y ahora resulta que ustedes se han equivocado de hijos." ¡Ah, teatro, teatro! ¡Seguro que el pobre Martínez lo hubiera hecho muy bien! ¿Y qué hubieras contestado tú, vamos a ver? ¿Qué hubieras dicho a eso? Si te dicen: "Eres tú el hijo..., Manolo es el otro..., el de ellos"...

LUIS.—¡Por Dios, señora!...

AURELIA.—¡Ah, contesta, contesta! ¿Qué hubieras dicho?

LUIS.—¡Que es lo mismo señora! Aunque me dijeran eso los míos seguirían siendo aquéllos; porque en ellos puse mi amor de hijo. En cambio, entre nosotros... nunca hubo nada. No se puede cambiar de pronto el corazón ni la vida. Por una palabra no se puede coger al mundo y volverlo al revés.

MANOLO.—Tiene razón el muchacho. Aunque es un amargado hay que reconocerle que ahora tiene razón. Si preparas al pobre Martínez y suelta esa historia el chasco se lo iba a llevar él. ¿Que éstos no son los míos? ¡Pues lo siento mucho, qué le vamos a hacer! ¡Pero quíteme usted el cariño que les tengo! ¡Ande, ande..., a ver si puede! Tiene razón el amargado. Ha costado muchos años hacer el mundo para poderle dar la vuelta en un minuto. Aunque yo tuviera la evidencia de que no erais mis padres sentiría la misma alegría por vuestra boda y os querría lo mismo, con toda el alma.

AURELIA.—¡¡¡Hijo!!!

MANOLO.—¿Ves? ¡No hay historias que valgan, mamá! Ese "¡hijo!" te ha salido del fondo del corazón. ¿A que no eres capaz de decírselo lo mismo a éste?

AURELIA.—¡Dios mío!

LUCIANO.—Calla... Ven acá, Luis... Ahora me toca a mí. Yo no te pido cariño. Te pido cortesía. Aurelia ha sido amable contigo al tenerte en esta casa. Ahora tienes que ser amable tú. Tienes la obligación de corresponder. Nada más. Dentro de un tiempo, cuando sea, podrás irte. Ahora, no. Va a celebrar su boda, y por cortesía tienes que esperar. (*Cambiando de tono.*) Y puesto que me caso con ella, también por cortesía tienes que felicitarme. (*Luis le tiende la mano sin mirarlo.*) No; así no. ¡¡Un abrazo, hombre!! (*Lo abraza.*) Ahora a ella, como es lógico. Un abrazo también.

(*Aurelia avanza y la abraza muy despacio.*)

LUIS.—(*Para sí mismo, como llorando.*) ¡Cobarde! ¡¡Cobarde!!

AURELIA.—¿Qué tienes?

LUIS.—¡¡Una pena inmensa!! ¡¡¡En este momento he sentido una pena inmensa!!! ¡¡¡Porque al abrazarles a ustedes he hecho traición a mis padres!!!

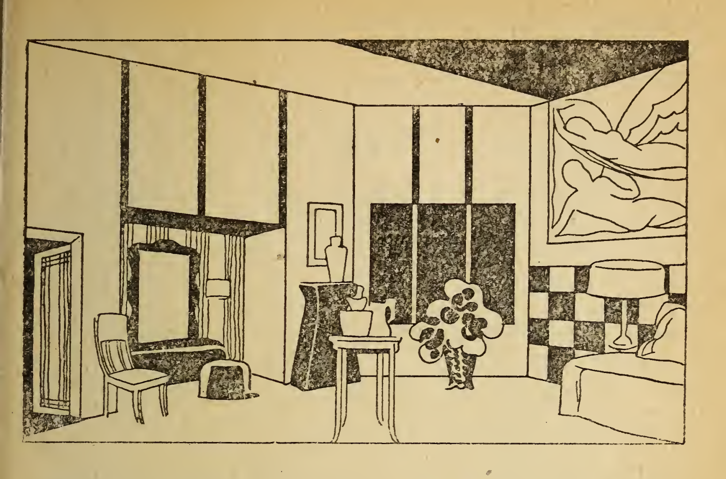
LUCIANO.—No llores, muchacho. Tus padres te perdonan. ¿Verdad, Aurelia?

AURELIA.—(*Llorando.*) Sí...

TELON



ACTO TERCERO



Camerino de Aurelia en el teatro la noche del estreno de la nueva obra del maestro. Flores por todas partes. En escena, Paulina, el Escenógrafo y el Modisto.

PAULINA.—¡Dios mío, qué emoción! ¡Cómo está el teatro! ¡Qué ambiente! ¡Se respira electricidad! Esta noche va a ser memorable.

ESCENOGRAFO.—Memorable, Paulina.

MODISTO.—Memorable.

PAULINA.—Todo el mundo está teniendo éxito. Hasta esa chica nueva que sacaba la carta en el primer acto. ¡Qué maravilla de carta, qué literatura, qué espíritu!... Gustó tanto la carta que, después de leída, llamaron a la chica que la sacó para darle una ovación. ¡Qué carta no sería!

ESCENOGRAFO.—Además, la sacó muy bien. Hoy en día no se saca ninguna carta con tanto entusiasmo artístico.

MODISTO.—¿Y sus decorados, maestro? Son un sueño. Les da usted una luz tan soñadora, tan soñadora, que yo los miro... y me duermo. ¿Y aquel verde lagarto? Pero de un lagarto de una poesía...

ESCENOGRAFO.—¿Y sus trajes, amigo mío? Sobre todo aquel del arrepentimiento.

MODISTO.—¿Verdad que sí? Tisú recamado de perlas y brillantes, dentro de una túnica de armiño. ¿Verdad que daba la sensación de una mujer arrepentida?

ESCENOGRAFO.—Justo, justo, amigo mío. Ese traje va a dar que hablar a la crítica literaria.

MODISTO.—¡Ah, sus decorados!

ESCENOGRAFO.—¡Ah, sus trajes!

(*Se felicitan los dos. Aplausos muy lejanos.*)

PAULINA.—¡Dios mío, otra ovación!

MODISTO.—¿Otra carta?

PAULINA.—No; los aplausos han sido más cortos, más concisos.

TRISTANA.—(*Entrando con el traje de escena, muy estrafalaria; peluca rubia.*) Acaban de entrar un telegrama. Esa chica ha hecho su carrera, se ha consagrado. Y la pobrecilla es un gato. Es el papel, no cabe duda, es el papel... En cambio, el mío... ¡Espantoso! Mira que el nombrecito que tengo, que no me lo han quitado por más que les he dicho. ¡Doña Judas! ¡Y con este peluquín!

ESCENOGRAFO.—¿Y qué representa usted?

TRISTANA.—Una jamona de vida airada. Y no me gusta ni poco ni mucho. Porque luego dicen que sí, sí..., que lo hago muy bien. Y eso no, ¿eh? Ya usted me entiende.

PAULINA.—Por Dios, Tristana..., ¿qué tiene que ver? Ahí tienes a la pobre Cuca, que siempre hace de mujer infiel y en su vida ha roto un plato...

TRISTANA.—Hasta que se le caiga toda la vajilla. Y no lo digo por ella, lo digo por el pasmado de Jacobito, que se lo merece. Porque los hay que tienen vocación, hija mía. Que lo son por naturaleza, y más tarde o más temprano entrarán en la posesión de su cargo.

PAULINA.—Por Dios, querida, no hables así.

TRISTANA.—¡Ay, hija! Si soy doña Judas, qué le vamos a hacer.

PACA.—(*Entra corriendo.*) ¡La capa de la señorita! ¿Dónde está la capa de la señorita?

MODISTO.—¡Pronto, la capa! Que me quita usted un efecto.

PAULINA.—Aquí está.

PACA.—Traiga usted corriendo.

MODISTO.—Eh, cuidado, mi capa. ¡Cuidado, cuidado! (*Sale corriendo detrás.*)

ESCENOGRAFO.—Este modisto es imbécil. Cree que el éxito de la comedia está en sus trajes, cuando en realidad está en mis decorados. ¡Señores, qué gente más vanidosa! Yo sé que el éxito está en mis decorados, y, sin embargo, me callo.

TRASPUNTE.—Don Paco, la señora que tiene usted que saludar en escena.

ESCENOGRAFO.—Voy. Voy corriendo.

PAULINA.—¿Pero tú has visto? Uno sus decorados, otro sus trajes. ¿Pero dónde dejan a las actrices?

TRISTANA.—No hagas caso, ven acá. Ahora que se han ido vamos a tomarnos un bocadito y una copa de champagne.

PAULINA.—Buena idea, lo estaba deseando. ¡Pero esos pelmas no se iban nunca! Gracias. Sírvete tú. ¿Qué quieres, una capuchina o un bocadito de fraile?

TRISTANA.—De fraile no, hija mía. Dame algo sólido. Con la emoción de los estrenos me entra una debilidad que me pongo nerviosísima. ¡Mira que si entrara alguien!

PAULINA.—¿Quieres que cerremos la puerta?

TRISTANA.—No, no... ¡No vayan a decir que nos encerramos para tragar!

PAULINA.—¡Venga champán, Tristana de mi alma!

TRISTANA.—¡Venga! Estos son los momentos de la vida. Una noche como ésta, que no oyes más que aplausos por todas partes. Y se te suben los aplausos a la cabeza lo mismo que el champán. ¡Y te emborrachas! ¡Y te acuerdas de tus tiempos! Cuando una era "aquélla"... Maldita sea, que siempre nos dejamos un "aquélla" en el camino... Pues te aseguro que esta noche cierro los ojos y me parece que no aplauden más que a mí. ¡Como que estoy emocionada del éxito que tengo! A cada ovación me entra un temblor que tengo que venir a reponerme. (*Come.*)

PAULINA.—¡Qué noche! Ya estará contenta Aurelia. Hace cuatro días se dió la noticia oficial de la boda.

TRISTANA.—Figúrate, está el teatro que arde. Estreno del maestro... y boda en puertas. El público estaba deseando que se acabara el primer acto para llamar al autor y verlos a los dos juntos... ¡Fué magnífico! A toda la plebe nos echaron y salieron los dos solitos...

PAULINA.—¡Oh, el delirio! ¡¡Se los comieron, se los comieron!!

TRISTANO.—¡¡Ay!! ¡Hoy hasta el público tiene debilidad!

ROMERO.—(*Entrando.*) Soberbio, soberbio. ¡Formidable!

PAULINA.—¿Qué sucede?

ROMERO.—No os asustéis. Podéis seguir, que yo soy de confianza. Aurelia que ha hecho la escena de madre.

TRISTANA.—¿Y qué tal?

ROMERO.—Maravillosa. Todo el mundo sacaba su pañuelo. Todo el mundo se sonaba de emoción. Qué ternura, qué matiz de cariño. Nadie lo podría hacer mejor. ¡Ha batido el récord de la maternidad!

TRISTANA.—Pues me extraña mucho. Aurelia no ha hecho de ma-

dre nunca. Ni lo siente, ni le va. Ya veis que en los ensayos estaba rematadamente mal.

ROMERO.—En los ensayos, sí; pero ahora ha estado formidablemente. No me lo explico.

PAULINA.—Yo, sí. Ellos querían que el Luis, el Luisito, debutara con el papel de hijo y lo ensayó con él. El chico no lo hacía del todo mal; era a ella a la que no le salía... Y en el último ensayo ya se han visto tan apurados que decidieron cambiarlo a ver si salía mejor... Y esta noche lo ha hecho el Manolo.

TRISTANA.—¿Y eso qué quiere decir?

PAULINA.—Pues que con aquél no ha sentido la escena; en cambio con éste, sí; y por eso lo ha hecho bien...

TRISTANA.—¡Ay, Jesús! ¡Virgen santa! ¡Qué cosas! ¡Qué cosas tiene una que oír!

ROMERO.—Pero ¿de qué te extrañas, querida? Lo más natural del mundo es que haga bien la escena de una madre con su propio hijo.

TRISTANA.—¿Con su propio hijo? Mira, no me pinches, no me pinches. Tú lo que quieres es que yo hable. Y como estás en Babia y nunca te enteras, ahora quieres que te diga yo si el hijo es éste o es el otro... Pues, no, señor; yo no sé nada.

ROMERO.—No, si ya sé lo que dicen... Pero yo no lo creo. El hijo tiene que ser Manolo. Hay que ver cómo ha hecho la escena con él.

TRISTANA.—¡Jesús, qué espanto! ¡Y con el otro no le salía! A eso le llamas tú batir el récord de la maternidad. ¡Si dijeras el récord de la poca vergüenza!

PAULINA.—Mira, Tristana; lo sea o no lo sea, el caso es que Manolo es el que priva ahora. El papel de Manolo está en alza. Y yo, que ya me había dedicado a Luis, me tengo que volver atrás otra vez.

TRISTANA.—Hija mía, ¡qué escándalo! A esto no hay derecho, ¿eh? ¡Están jugando con tus sentimientos!

PAULINA.—Es que no tienen formalidad. Y, claro, como la gente no ve las cosas... Luego una pasa por coqueta. Y eso, no; coqueta, no. Yo toda la vida he estado enamorada del hijo de Aurelia.

TRISTANA.—Naturalmente. Pero como unas veces es uno y otras es otro, pues te despistan.

PAULINA.—Claro.

(*Entran ACTRIZ PRIMERA y ACTRIZ SEGUNDA.*)

ACTRIZ 1.ª—¿Estáis aquí? Ah, queridas mías, ¡cómo ha estado esa mujer! ¡Qué maravilla!

ACTRIZ 2.ª—Todo lo que os digamos es poco. ¡Qué acento mater-

nal! Parece que se ha pasado teniendo hijos toda la vida. ¿Me dais un poco de champán?

TRISTANA.—(Estas lagartas vienen al olor.)

ACTRIZ 1.ª—¡Y qué éxito de comedia! Y cuando dijo ella aquella frase capicúa...

PAULINA.—¿Frase capicúa? ¿Qué es eso?

ACTRIZ 1.ª—Sí, mujer; esas que empiezan lo mismo que acaban... ¿Cómo fué?

ACTRIZ 2.ª—¿La verdad de nuestras vidas, es la verdad de nuestro corazón? ¿O es la verdad de nuestro corazón la que es la verdad de nuestras vidas?

ACTRIZ 1.ª—Mira, estalló un éxito, que encendieron el teatro y tuvo que salir en mitad del acto. Y todo el mundo hacía sus comentarios. "Míralos... Ya es hora que os caséis... Si os habéis querido siempre"... ¡Ah, qué escrito de comedia! Es una obra cumbre.

PAULINA.—Ya veremos la crítica mañana.

TRISTANA.—Hija, también la crítica tiene que hacer su regalo de boda. No faltaba más.

PAULINA.—Pues a algunos lo del casorio no les sentará bien. Ya verás cómo le ponen defectos de técnica.

ACTRIZ 2.ª—Dame otra copita, que no viene nadie.

ROMERO.—Pues digan lo que digan, la escena de la madre es un acierto. Y ella ha estado eminente.

ACTRIZ 1.ª—¡Natural! Como que la la hecho con su propio hijo. Si se veía el cariño de la sangre. ¡Para que luego digan malas lenguas que el hijo no es ése!

TRISTANA.—(Eso de las malas lenguas va por mí.)

ACTRIZ 1.ª—Que hay algunas que hay que desinfectarlas... ¡Porque si se las muerden cogen el tifus!

TRISTANA.—(*Muy bajo.*) (A ti te voy a desinfectar yo las narices. Pero te las voy a desinfectar para un año.)

ACTRIZ 2.ª—Ah, que con todo esto se nos olvidada. Felicidades, Tristana. Has estado formidable tú también.

ACTRIZ 1.ª—Sí, hija, sí. En doña Judas has estado magnífica. Qué Judas has hecho. No se puede llegar a más. Al de la Biblia le has dejado en mantillas. Eras Judas por los cuatro costados. Eso es arte, querida mía; un papel que a ti no te va, porque no hay nada más contrario a tu carácter... ¡Ven acá, mujer! ¡Ven acá que te dé un beso! (*Le da uno con toda su alma.*)

TRISTANA.—(Este ha sido el de Judas. Sólo que ahora es a Judas al que se lo han dado.)

PERIODISTA.—(*Entrando.*) Buenas noches, señores. Con permiso. ¿Este es el camerino de la ilustre actriz, verdad?

PAULINA.—El mismo. ¿Qué desea, señor?

PERIODISTA.—Soy reporter. Pálido, para servir a ustedes. Vengo a hacer una "interwiev".

PAULINA.—Huy, imposible. En estos momentos...

PERIODISTA.—No, no, perdón... Yo no molesto a nadie... Una "interwiev" incógnita. Yo observo, tomo notas, escribo y mañana una plana entera. No se preocupen por mí. Ustedes sigan comiendo... (*Escribe.*)

TRISTANA.—¡Cuidado, hija! No vaya a ser que salgamos en el periódico tragando.

PERIODISTA.—No; tomo notas solamente. Es mi sistema.

PAULINA.—¿Quiere usted una copa de champán?

PERIODISTA.—Muy amable, señorita. (*Bebe.*)

TRISTANA.—(Y decía que no tomaba más que notas.)

PAULINA.—Yo soy Paulina Six... No se olvide usted de mí.

PERIODISTA.—Ya sé cómo empezar... "Una jovencita de ojos garzos me ofrece champán"...

PAULINA.—¡Ay, Dios mío! ¿Quiere usted otra copa?

PERIODISTA.—Pero yo la rechazo.

PAULINA.—¿Ahora, o en el periódico?

PERIODISTA.—En el periódico, naturalmente. Estaba haciendo el artículo. (*Bebe otra vez.*) Gracias, señorita. Una pregunta nada más, la única que haré. El maestro y Aurelia se han amado toda la vida, ¿verdad? ¿Pero ustedes sabrían decirme cuándo se dieron el beso inaugural?

TRISTANA.—¡Ay, hijo mío! Pregunta usted unos datos de estadística... El primer beso de una mujer. Las mujeres tienen memoria, pero hasta ese punto, no.

ROMERO.—¡Escuchen! ¡Escuchen ustedes!

TODOS.—¿Qué pasa?

ROMERO.—¡Otra ovación! Clamorosa. (*Se oye una ovación cerrada. Más cerca voces de "Bravo", "Bravísimo", "Formidable", etcétera. Gran alboroto.*)

ESCENOGRAFO.—(*Entrando.*) Ha terminado el segundo acto. ¡Ah, señores! ¡La antigüedad clásica! ¡Estamos en Grecia! ¡Estamos en Atenas!

TRISTANA.—¡Estamos en Babia! Pero, ¿qué pasa?

ROMERO.—¡Silencio! ¡Silencio! (*El alboroto crece. De pronto entra en escena AURELIA, seguida de LUCIANO, MANOLO, LUIS, el MODISTO, etc. Aurelia trae un maravilloso traje de noche. Viene*

envuelta en una capa que se quita al entrar. Todos rompen a aplaudir. Hasta el maestro.)

TODOS.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo! ¡¡Bravo!!

AURELIA.—(*Levantando los brazos desnudos, temblando de emoción.*) ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Sí, hijos, sí! ¡Comprendo vuestro entusiasmo! ¡Ah, he estado genial! ¡Soy la actriz más grande que hay en el mundo! ¡Aplaudirme! ¡¡Aplaudirme!!

TODOS.—¡Bravo!

AURELIA.—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Ah, qué noche, Dios mío! ¡Qué momento he tenido! He sentido el frío del arte, un frío divino, penetrante hasta los huesos. Y después un calor, un calor de realidad, de verdad, un calor humano... Ah, nadie, nadie en el mundo puede estar como he estado yo. Estoy segura. Podéis aplaudirme. Que me digan maravillosa, grande, única. Todo lo que me digan es poco. Soy la cumbre. Me he entusiasmado yo misma. ¿Por qué no lo voy a decir? El arte es el arte. Si yo veo el genio en otra persona me vuelvo loca de entusiasmo. ¿Por qué no me voy a volver si lo he visto en mí?

LUCIANO.—Cerrar, cerrar las puertas, no vaya a ser que te oiga algún indiscreto.

TRISTANA.—(¡Ay, Dios mío! Si el indiscreto está tomando notas.)

AURELIA.—¡No me importa! Quisiera que publicaran los periódicos mi propia opinión, mi autocrítica. Empezaría así: anoche se ha llegado a la más alta cima del arte dramático. Estamos frente a la más grande actriz de nuestros días. Y ella es la primera en reconocerlo. Porque ella es orgullosa y vanidosa. ¡Sí, señores! Todo artista tiene la obligación de ser vanidoso de su arte. Como yo, que me muero de vanidad. Necesito que me llaméis genial. Llamármelo todos.

TODOS.—¡Genial! ¡¡Genial!!

TRISTANA.—(¡Ay, Dios mío! Lo que van a decir mañana.)

AURELIA.—Ven acá, Luciano, ven acá. Esta noche hemos escrito tú y yo una página del teatro español.

LUCIANO.—Sí, hija mía. Tú has escrito una página; pero yo una obra entera.

AURELIA.—Darme champán...

PAULINA.—La primera copa será la mía. La primera copa que bebe Aurelia se la ofrece Paulina Six. (*Al periodista.*) Saldrá así, ¿verdad?

AURELIA.—Ah, estoy cansadísima... El arte mata. Destrozada, verdaderamente destrozada.

LUCIANO.—Por Dios, querida... Un poco de calma. Hay que descansar. Todavía te queda un momento en el tercer acto.

AURELIA.—No te importe, Luciano... Es un momento frívolo, un momento de mujer mundana... Ya es fácil... No tiene importancia...

LUCIANO.—¿Cómo que no tiene importancia?

AURELIA.—Naturalmente. Lo difícil era esto. Ser madre. Yo no lo había hecho nunca. Tenía un miedo horrible a ser una mala madre. Figúrate qué descrédito. Pero me ha salido con toda el alma. Ha sido una revelación. Ven acá, Manolo, hijo mío. ¡Mi muñeco! ¡Eres mi muñeco tú! Dame un beso, chiquillo. Has estado muy bien, ¿lo oyes?... Muy bien. Tienes talento, mucho talento. Vas a ser un gran actor...

MANOLO.—Por Dios, mamá... Si mi papel no era nada... Si no decía ni una palabra...

AURELIO.—No importa. Pero has tenido un gesto, una mirada... Ah, yo te aseguro que tú me has dado la escena hecha, tú me has dado el éxito. ¡Has sido tú!

MANOLO.—No digas eso.

AURELIA.—Sí, sí, hijo mío... El artista necesita que le den el "momento"..., que le den "verdad" para luego crecer... Y tú me la dabas... Porque yo te miraba a los ojos... y te veía a ti..., a ti, chiquillo mío. Y sin palabras... Me miraste de un modo tan hondo. ¡Me quisiste tanto en aquel momento! Qué te pasaba en aquel momento, ¿di? Te temblaban las lágrimas en los ojos y dijiste tu frase: "Madre". Solamente, nada más. Pero fué bastante para que yo saltara a comerte a besos. ¡¡Ah, muñeco mío!! ¡El éxito me lo diste tú!

TRISTANA.—(*Llorando a lágrima viva.*) ¡Ay! ¡Ay, qué emoción! ¡Estas escenas de madres e hijos me emocionan, me emocionan! ¡Qué madraza señores! Ahí se ve a la madre. Lo que yo digo siempre. ¡Si en esto de las madres no hay engañifa que valga!

ACTRIZ 1.ª—¡Pero qué Judas, Dios mío!

TRISTANA.—¿Qué?

ACTRIZ 1.ª—¡¡Qué Judas has hecho esta noche!!

TRISTANA.—(Esta mala sangre me ha cortado un efecto.)

TRASPUNTE.—¡Maestro! Gente que quiere saludarle.

AURELIA.—No; aquí, no, por favor..., que no entre nadie... Al saloncillo de autores; llévalos allí...

LUCIANO.—Al saloncillo. Voy en seguida.

AURELIA.—Yo tengo que desnudarme, tengo que descansar...

PAULINA.—Otra copa de champán, querida...

AURELIA.—No, no, gracias

PAULINA.—La última. También la última se la ofrece Paulina Six...

AURELIA.—Estoy destrozada.

LUCIANO.—Ya lo oís: dejarla sola; lo necesita...

TRISTANA.—Nos vamos. Pero antes una ovación de despedida.

TODOS.—(*Aplaudiendo.*) ¡Viva! ¡Bravo, Aurelia! ¡Bravo, Aurelia!

AURELIA.—(*En una butaca, con los brazos caídos hasta el suelo, muy teatral, casi sin voz.*) Gracias, gracias, gracias... (*Mutis de todos menos Aurelia, Luciano y Manolo, en primer término. Luis queda junto á la puerta, en silencio.*) ¿Habéis cerrado la puerta? Que no entre nadie. Darme un beso, queridos míos. Venir a felicitarme. ¡Luciano! Ya puedes estar contento de casarte conmigo. ¡Hay que ver lo que te llevas, hijo, lo que te llevas!

LUCIANO.—¡Aurelia querida! Descansa.

AURELIA.—Que venga Manolo. Que venga Manolo a darme un beso.

MANOLO.—¡Mamá ilustre, mamá guapa!

AURELIA.—Gracias, muñeco. Ya me ha felicitado todo el mundo. ¿verdad? ¿No falta nadie? Por Dios, Luciano, procura que no falte nadie, que luego tenemos disgustos... Luego dicen que tomo nota de todos y que si alguien falta le rebajo el sueldo... Calumnias, hijo, calumnias...

MANOLO.—No te preocupes, mamá. Todos te han felicitado.

LUCIANO.—Todos, no.

AURELIA.—¿Todos, no? (*De pronto comprendiendo.*) ¿Eh? ¡El!

LUCIANO.—Sí.

AURELIA.—¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido?

LUCIANO.—Aquí lo tienes.

AURELIA.—(*Levantándose.*) ¡¡Luis!!

LUIS.—Felicidades, señora.

AURELIA.—Ven... Acércate, hombre... Estoy tan contenta, si vieras... ¿Tú, no?... ¿Te atreverías a darme un beso?... Mira, estoy delante de mi hijo y de mi... de mi novio, ya ves... Pero ellos me lo permiten... He tenido tanto éxito, que merezco un beso... Uno... (*Luis se inclina y le besa la mano nada más.*)

AURELIA.—(*Dominándose, coqueta.*) ¿Verdad que he estado muy bien en mi papel?

LUIS.—Admirable, señora. Cuando hizo usted la escena con Manolo todo el público temblaba de emoción. No se puede llegar a más. Claro está que Manolo le dió el "momento", la verdad que el artista necesita para crecer... ¿Ve usted qué diferencia de los ensayos? ¡Qué diferencia conmigo! Por más que repetíamos aquella

escena no salía nunca... La culpa era mía, naturalmente. Yo no sabía darle la emoción necesaria, y era inútil, claro.

AURELIA.—No pienses eso. Ya harás bien otro papel, ya verás.

LUIS.—No, señora. Yo no sirvo para el teatro. No lo siento. Esa mentira del teatro no la podré vivir jamás... Y sin embargo tengo que ganarme la vida. Dibujo algo; hay quien dice que no del todo mal... Tan es así que me han ofrecido entrar en un periódico en París... Un puesto modestísimo, claro, para empezar... Y como hay que hacerse hombre he aceptado.

AURELIA.—¿Qué dices?

LUIS.—Que me voy lo antes posible para no perder esta oportunidad.

AURELIA.—¡Ah, no, no! Locuras, no. Tú no te vas, ¿lo oyes? Tú no puedes irte.

LUIS.—¿Por qué?

AURELIA.—Porque no. Porque te lo pido yo, sencillamente.

LUIS.—Pues lo siento mucho, señora. Es mi vida la que me espera y tengo que ir hacia ella.

AURELIA.—¡¡No!! ¿Por qué dices eso? ¡Pero si tu vida está aquí!

LUIS.—Aquí, no. Nada de lo que me rodea es mío. Ni el ambiente, ni las cosas. Ni las personas tampoco. Además, ya es inútil hablar de esto. Tengo todo preparado. Marchó mañana.

AURELIA.—¡¡Oh!! ¡Luciano, Luciano! ¡Díselo tú! ¡Mándaselo tú! ¡¡Mándaselo!!

LUCIANO.—¿Yo? ¿Y quién soy yo?

LUIS.—Naturalmente, señora. Podemos mandar en la vida de los nuestros. ¡En la vida de un extraño, como yo, no tiene derecho nadie!

AURELIA.—¡Oh, calla, calla! Nosotros somos lo único que tienes en el mundo y tienes la obligación de respetarnos. ¡Y tienes la obligación de querernos! Porque nosotros te hemos recogido y te hemos dado cariño, y estás obligado. ¡Estás sujeto a nosotos lo mismo, lo mismo que si fuéramos tus padres!

LUIS.—¡Ah!, no, señora. ¡¡Padres, no!!

AURELIA.—¡¡Sí, sí, padres, padres!!

LUIS.—No diga usted eso. Llámeme usted ingrato, egoísta, desagradecido, lo que usted quiera. Pero no nombre a mis padres en este momento. Ellos, los míos, los que me dieron el ser y la vida, sólo viven aquí, en mi recuerdo!

LUCIANO.—¡¡Calla, calla!!

LUIS.—¡No; padres, no! ¡Es palabra sagrada!

AURELIA.—¿Y si yo te dijera que tengo derecho a esa palabra?

Porque a pesar de que ahora me estás despreciando yo te estoy queriendo con toda mi alma. Como una madre. ¿Por qué protestas? Es palabra demasiado sagrada para mí, ¿verdad?

LUIS.—Sí, señora. ¡¡Demasiado sagrada para oírla en un camerino entre olor de aplausos y mentiras!! ¡Para decirla con un traje así y con los labios llenos de carmín para escena! ¡Ah, no, no! ¡Esa palabra no se puede decir con los labios pintados!

LUCIANO.—¡¡Calla!!

LUIS.—¡¡Yo defiendo a mi madre!!

LUCIANO.—¡Al contrario! ¡Al contrario! ¡¡La estás ofendiendo!!

LUIS.—¡Mi madre murió!

LUCIANO.—¡¡¡Tu madre no ha muerto!!! ¡Ahí la tienes!

(*Aurelia da un grito sordo y corre hacia el oscuro. Hay una pausa y se vuelve a hacer la luz. Los cuatro personajes están en la misma posición y con el mismo gesto. Paralizados los cuatro. Hay un silencio largo.*)

LUIS.—(*Con la cabeza baja, muy despacio.*) Perdonen ustedes. He provocado esta situación a propósito. Mañana marcho a París. Mi vida empieza mañana. Pero yo quería llevarme la verdad. No quiero que en mi vida nueva haya una sola mentira, ni una sola sospecha, ni una sola incertidumbre. Ya lo sabía. Pero necesitaba que lo dijéramos aquí. Entre los cuatro. Así, si cualquiera de los cuatro nos encontramos en la vida, ya no tenemos que hablar de esto. Y cada uno de nosotros tendrá la verdad. Los que quieran olvidarla, que la olviden. Los que quieran vivir con ella, ya la tienen.

AURELIA.—Luego tú lo sabías...

LUIS.—Sí. Un cuchicheo de gentes me trajo el secreto. Pobre secreto en caja de cristal.

AURELIA.—Y ahora, sabiéndolo, ¿te vas?

LUIS.—Sí, señora.

AURELIA.—¡Señora! ¿Ahora lo mismo que antes?

LUIS.—Igual. Por favor, señora, seamos fuertes. No nos dejemos arrastrar por un instante de debilidad. Qué importa que ahora yo cayera a sus pies y los abrazara llorando, si esta misma escena, la misma, tantas veces nos ha salido mal.

AURELIA.—No sirvo para madre... Dios me condena a que no lo sea jamás.

LUIS.—No, señora; no es eso. Usted es madre con toda su fuerza, intensamente; hasta donde pueda llegar el corazón de una madre, hasta allí llega el suyo. Dos mil personas puestas de pie se lo han gritado esta noche con sus aplausos. Y esa no era una mentira de escena, no. ¡Era la verdad palpitante y viva!

MANOLO.—Tiene razón. ¡Tiene razón!

AURELIA.—¡Manolo! ¿Tú también lo sabías?

MANOLO.—También, también hasta mí llegó el secreto. El dolor me quería romper el corazón. Pero yo he vencido, mamá, he vencido. Cuando hicimos nuestra escena sin palabras, cuando te miré de aquel modo tan hondo... ¡Te quise tanto en aquel momento!... Tenía los ojos llenos de lágrimas y dije mi frase "madre"... Me preguntaste que qué me pasaba en aquel momento. Pues que ya lo sabía. Y desde el fondo de mi alma te estaba gritando madre con más cariño y más entusiasmo que nunca. Entonces, entonces eras mía.

AURELIA.—¡¡Hijo!! (*Lo besa con locura.*)

LUIS.—¿Ven ustedes? ¿Ve usted cómo sí es madre? Y del que no es suyo. ¡Y sabiéndolo!

LUCIANO.—Tiene razón. Tienen razón los dos. Esta es la venganza del muerto, Aurelia. Es triste, espantoso, pero es verdad. Si la vida nos diera a escoger uno entre los dos muchachos, tú y yo tendríamos el mismo impulso. Escogeríamos al que no es nuestro. ¡Y sabiéndolo!

AURELIA.—¡Calla!

LUCIANO.—Escogeríamos al otro. Al del hombre que hemos engañado tú y yo. Que ahora está seguro desde el más allá que al que estás abrazando, es al suyo.

AURELIA.—¡Calla! (*Queda sobrecogida, y de pronto reacciona.*) ¡No, no! ¡Qué espanto! ¡¡No!! ¡Yo quiero a los dos! ¡¡A los dos!! ¡¡Luis!!

LUIS.—No, señora. Ahora, no. Nuestras almas han quedado sangrando. Marcho mañana. Quizá algún día cuando pase el tiempo... podamos edificar—los cuatro—sobre la verdad de nuestras vidas. Ahora, no.

AURELIA.—¡¡Algún día!!

LUIS.—Dios dirá. Ustedes sabrán de mí y yo de ustedes. Y desde lejos será más fácil empezar a querernos.

AURELIA.—Espera. Antes que te vayas, quiero darte un abrazo. Uno nada más... Di... ¿Puedo?... (*Luis, sin mirar, extiende los brazos, y Aurelia cae en ellos.*)

MANOLO.—¡Eh! ¡¡Eh!!

LUCIANO.—(*Conteniéndolo.*) Pierde cuidado, hombre. ¡Si no te la quita! El tiene que ganársela. En cambio, tú... ¡Tú no la puedes perder nunca!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

RIVADENEYRA, S. A.—ARTES GRAFICAS.—MADRID